



TARRÚ

La niña en la ventana

COLECCIÓN DE HISTORIAS

La niña en la ventana

Colección de historias

Larrú

© Larru, 2017

Queda rigurosamente prohibida toda distribución, reproducción, comunicación pública y transformación, ya sea total o parcial, de este libro, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

Contenido

[La niña en la ventana](#)

[Un amor extraordinario](#)

[Isabella](#)

[El sobre naranja](#)

[La gallinita ciega](#)

[El collar jade de Aantcha](#)

[Roser](#)

[María la francesa](#)

[Una niña bien](#)

[Al fin](#)

[El aviso fantasma](#)

[Ciclamor](#)

Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo...

Gustavo Adolfo Bécquer

Algún día, libres desde el Más Allá, tal vez queramos retornar a nuestra vida antigua, para regresar por momentos con los nuestros, para volver a sentir los recuerdos relegados.

Volveremos al universo azul que una vez fue nuestro, a los mares y tierras, a las ciudades infinitas, solo para sentir por momentos, cuán felices fuimos a pesar de ser mortales.

Larrú

La niña en la ventana

El invierno se llevó a mis padres. Los dos murieron casi al mismo tiempo, mi madre enfermó de grave neumonía y mi padre de tristeza al cabo de un mes, habían pasado más de cincuenta años juntos, él debió de decidir que ni la muerte los separaría.

Los meses de después de sus fallecimientos me pasaron factura, adelgacé y unas ojeras profundas delataban la tristeza de mi interior. Además los escasos ahorros de mis padres se me fueron agotando, pronto no tendría dinero para pagar el alquiler de la casa donde me había criado. Comencé a buscar trabajo, eché currículos en supermercados, bares y me presenté en varias etts pero parecía que nadie quería dar trabajo a una chica de aspecto mortecino como yo, cosa que no era del todo un disparate, por otro lado.

Una mañana, en la panadería del barrio mientras esperaba mi turno escuché a una señora quejarse a otra de que no encontraba a nadie que quisiera cuidar a su hermana.

—En los tiempos que vivimos es difícil dar con alguien a tiempo completo, lo tienes complicado, Petra. —le decía la otra mujer.

Sin pensarlo, me atreví a intervenir en la conversación de las dos mujeres y me dirigí a la que tenía el problema:

—Señora, perdone que me inmiscuya pero creo que yo soy la persona que usted necesita.

Estuvimos hablando casi media hora, la señora Petra me contó que su hermana Matilde vivía sola y, a pesar de sus cincuenta años los pulmones se habían vuelto tan delicados que no podía realizar apenas esfuerzos. Ella no quería que estuviera sola y necesitaba a una chica, a poder ser, que fuera su ayuda y compañía, por ende.

—Yo tengo a mi marido, hijos y nietos, no puedo ocuparme de ella como ella lo requiere. Además cuando su marido murió heredó mucho dinero, ¿para qué sirve, si no? —le explicó con vehemencia.

Yo asentía, sólo pedía en silencio que me contratara, por Dios bendito.

—Matilde es una mujer triste desde que Tomás y su única hija fallecieron en un accidente de coche, él la tenía en un altar, ¿sabes? y Daniela estaba muy enmadrada, eran una familia muy avenida hasta que la desgracia les atacó y luego, para colmo, ha ido en aumento con su enfermedad, debe llevar una bombona de oxígeno siempre a cuestas. Pero es muy buena, eso te lo aseguro. Antes de su convalecencia permanente, fue maestra en una escuela de primaria durante veintidós años y los niños la adoraban, aún hoy recibe cartas y visitas de algunos de ellos, con esto te quiero decir que vas a estar con ella muy bien, le encanta leer y escribir, ¿a ti?

—Sí, sí, a mí leer.

—Entonces, ahora que ya sabes lo que pido, ¿aceptas el trabajo? Creo que eres justo la chica que Matilde necesita, la compañía perfecta —me dijo mirándome de arriba abajo— Además, tú

misma te has interesado cuando hablaba con mi vecina., bueno, ¿qué decides?

–Acepto, claro que acepto, creo que como usted ha dicho estoy interesada en el trabajo.

–Entonces no se hable más, la voy a llamar para que sepa que vas esta misma tarde, ¿te parece? ¿Para qué perder más tiempo?

–Si, no se preocupe, preparo mis cosas y marcho para allá.

Recogí mis pocas pertenencias en dos maletas, llamé al dueño de la casa para quedar con él, le entregué el alquiler que le debía y las llaves. A las cinco de aquella tarde de finales de febrero tocaba el timbre de la casa de la señora Matilde, un piso grande y algo lúgubre según la descripción de su propia hermana.

Una mujer con facciones muy hermosas y lánguidas me recibió y enseguida me presentó:

–Hola, soy Belén, ¿usted es Matilde?

–Así es, pero hálame de tú, por favor y pasa, pasa que vas cargada. Sígueme para que puedas dejar las cosas en tu habitación.

Seguí a la señora y pude observar que el largo pasillo estaba revestido con un papel antiguo y varias fotografías enmarcadas. Íbamos entre penumbras, ella comentó que se habían fundido algunas bombillas, que ahora que iba a estar yo, las cambiaría.

–Aunque no hay nada con qué tropezarse, así que tranquila. Mira aquí está tu cuarto, espera un momento que encuentre la llave, luego te la entregaré a ti.

Mientras Matilde removía el enorme juego de llaves que portaba yo miré a una de los retratos de la pared contigua. Era una niña vestida de comunión que sonreía con un rosario entre sus manos. Por unos momentos, el gesto jovial se volvió un rictus. Parpadeé, la boca había recuperado el aspecto risueño de la pequeña. Mi mente me la había jugado sin más, tal vez producto de los nervios del momento. Matilde trataba de abrir la puerta pero la cerradura se le resistía:

–Vaya con esta puerta, no hay manera, si hace un rato cuando he entrado a dejarte toallas y sábanas no he tenido ningún problema, ¿será posible?

–Si quieres pruebo yo.

–Ya, por fin –exclamó la mujer cuando logró que se abriera y añadió– espero que no tengas problemas con esta puerta.

Entramos a una habitación limpia, con un armario, mesilla y butaca a los lados de la cama. Matilde me dijo que me acomodara y sacara mis cosas con tranquilidad, también que a las seis preparaba el café y que me esperaría para tomarlo.

–Necesito ir al baño, Matilde.

–Por supuesto, mira, al fondo del pasillo tienes un pequeño aseo, todo para ti. El salón está en el lado opuesto, querida.

Después de volver del excusado, la curiosidad me hizo detenerme a observar de nuevo la fotografía de la niña, debía de ser la hija de la señora, Daniela o bueno, tal vez alguna de sus sobrinas. Ya le preguntaría a Matilde aunque de momento me quedaría con la duda, me parecía muy prematuro indagar cuestiones de índole personal.

Cuando terminé de guardar mis ropas y enseres, hice mi cama y recogí las maletas faltaban escasos minutos para las seis de la tarde. Me dirigí al salón, Matilde me esperaba con el juego de café preparado y un platito de bollos glaseados, sentada al pie de una mesa redonda de madera oscura. Me indicó que tomara asiento en frente de ella, realmente era una mujer de aspecto delicado, me di cuenta pronto de su fragilidad además de la bombona de oxígeno a mano, en una silla en su lateral.

Mientras servía el café me preguntó la edad y dónde había vivido, lo normal. Cuando le conté la fatalidad de mis padres, ella me consoló y dijo que entendía en carnes propias mi sufrimiento.

–Espero que este trabajo también te sirva un poco de ayuda para ti, para superar el duelo, la soledad es muy mala para esos asuntos.

–Creo que así será –dije y a mí misma me sorprendieron estas palabras.

Ella pareció complacida y dijo que esperaba que fuera de esa manera.

Luego siguió hablando sobre sus horarios, costumbres, lo que yo debía hacer, etc.

–Me encanta cocinar, así que espero que te gusten mis platos.

–Soy de buen conformar, Matilde, no hay problema.

–La cena de hoy ya la tengo preparada, merluza en salsa verde.

–Suena delicioso.

–Espero que también te sepa igual, Belén.

–Seguro.

–Por cierto, no te he comentado que tengo un intercomunicador en mi habitación, era de cuando mi hija Daniela era bebé, en aquel entonces era todo un invento exclusivo, me lo enviaron de Estados Unidos y todo, aún funciona. Aquí tienes el altavoz para que lo pongas en tu mesilla. Así, si en la noche me surge algo te podré llamar. Toma –y me extendió el pequeño aparato.

Pensé que aquello era un poco absurdo, en el silencio de la noche si ella me llamara la iba a oír con toda seguridad, además yo no era persona de dormir profundamente y menos en los últimos tiempos pero decidí no llevarle la contraria.

Después la conversación se volvió un poco tensa.

Matilde me estaba indicando en qué orden y qué día de la semana tocaba limpiar cada parte del gran piso. Yo le dije que como ella gustara.

–Sólo hay una excepción, la habitación de mi hija Daniela, ahí sólo entro yo, querida.

–De acuerdo –dije con voz confundida.

–Puede parecerle una extravagancia pero espero que respetes del todo esta norma. Es la habitación que queda en frente de la tuya–dijo con el semblante serio.

–Bueno, yo he venido aquí a trabajar y a lo que mandes, no te quepa duda.

El rictus de Matilde se relajó y alargó la mano hacia la mía por encima de la mesa para darme un ligero apretón.

–Lo siento, Belén, tal vez he sido demasiado ruda al decirte esto, pero es que desde que murió mi hija cerré esa habitación para siempre, a veces entro para que se airee unos minutos y poco más.

–Lo siento, no te preocupes que lo entiendo.

–No pasa nada.

Se levantó y dijo que iba a tumbarse a su cama, dijo que le empezaba a doler la cabeza y que se verían para la hora de la cena, a las nueve de la noche.

–Puedes ver la televisión o lo que te apetezca, ahora mismo no tienes nada qué hacer, Belén.

Al cabo de una semana en casa de Matilde, sin contratiempos y amoldándome a mi nueva vida de interina a tiempo completo, vinieron una tarde de visita la hermana de la señora y su marido. Enseguida me percaté de que este hombre no era querido por Matilde. Cuando me avisó de que se presentarían a la hora del café, me dijo que me vistiera formal y me recogiera el pelo y no sólo eso, ella se vistió de negro por completo y se hizo un moño tirante y bajo, parecía que los años le hubieran caído encima de golpe. Matilde me explicó que su cuñado era un hombre beato y de arraigadas costumbres y no deseaba desatar sus críticas y que luego las pagara con su hermana. En ese momento no entendí aquella advertencia pero no quise preguntar sobre ello, más que nada porque me parecía un tema muy personal.

A las seis en punto llegó el matrimonio. Ellos tres se acomodaron alrededor de la mesa y les fui sirviendo el café, Matilde me dijo que podía sentarme con ellos y que tomara también una taza de la bebida humeante y aromática. El señor, Alfonso se llamaba, era un hombre de mediana estatura y corpulento, de espesos cabellos cubiertos de canas. Matilde había preparado una docena de pastelillos de crema, nosotras tomamos un par cada una, él comió el resto gustoso y a dos carrillos. Se relamía los labios mientras se quedaba mirándome de arriba abajo unos segundos, los suficientes para crear un malestar ácido en la boca de mi estómago. Luego se dirigió a su cuñada:

–Ahora que estás bien acompañada, Matilde esperemos que te recuperes y tu lozanía vuelva a brillar pronto, como antaño.

Su esposa le miró visiblemente contrariada y Matilde bajó la cabeza. Por momentos, deseé no haber estado presente. Después de unos segundos, el señor Alfonso comentó algunas anécdotas del barrio y media hora después se levantó y le dijo a su mujer que era hora ya de marcharse.

Cuando el matrimonio salió, Matilde se fue a su habitación sin decir ni palabra. Apareció a los pocos minutos en la cocina en donde estaba fregando las tazas y demás cosas y, en camión y con los cabellos sueltos, me dijo que se le había puesto una punzante jaqueca.

–No cenaré, Belén, hasta mañana.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, me mandó que llamara a su médico privado y se metió al baño a asearse y vestirse para recibirlo. Para mi sorpresa, el propio doctor me respondió, dijo que en una hora iría a ver a Matilde.

Fiel a su palabra, se presentó en el domicilio de su paciente a la cita convenida. Matilde me dijo que le hiciera pasar a su habitación y allí se quedaron a puerta cerrada. Pasó el rato, algo más de media hora, cuando salieron del cuarto. Matilde sonreía, su piel había perdido ese mate pegadizo y parecía más tersa. Pensé que era una lástima que la enfermedad la minara tanto porque ella no era fea.

Matilde acompañó al doctor hasta la puerta y se quedaron algunos minutos más hablando, me dio tiempo a observarle un poco más. Debía ser de la misma edad que la señora, alto y atlético, de facciones angulosas y su tono de voz era varonil pero cálido. Él le estaba indicando que ahora que la primavera estaba próxima, debía empezar a salir a dar paseos por la alameda, por el parque de los cisnes, cualquier lugar de la ciudad con zonas verdes y al aire libre. Ella asentía y sonrió ampliamente cuando añadió que él mismo la vendría a buscar. Aquello me pareció un atrevimiento por su parte, pero luego me contó Matilde que, desde el inicio de su enfermedad había sido su médico personal, de nombre Román y que además de un gran profesional, para ella también se había convertido en un amigo indiscutible, con el que podía contar siempre que ella lo requería.

Después de despedir a Román, una vez que cerró la puerta se dirigió a mí:

–En cuanto a la visita ayer de mi hermana y su marido, quería advertirte de algo. Mi cuñado Alfonso suele beber, le gusta demasiado el whisky, y ha habido veces que ha venido a tocar la puerta para que le abra.

Matilde hizo una pausa, yo me horroricé sólo de imaginar a aquel hombre borracho.

–Si ocurriera de nuevo esa lamentable situación, no te asustes porque no le abriremos la puerta, don Fabián el cura se hará cargo, no te preocupes.

Yo asentí y recé por no tener que vivir ese momento tan de vergüenza ajena.

Durante algún tiempo más, la vida continuó de manera relajada en la casa de Matilde, aunque a veces me sentía angustiada sin tener motivo alguno, por lo menos a primera vista. Puesto que tenía un techo bajo el que vivir, comida, un trabajo decente, no lograba discernir la causa del desasosiego.

Llegaron los primeros días de primavera y Matilde me pidió que saliéramos a dar pequeños paseos, pensé que me vendría bien para que se airearan mi estado interior extraño y así fue. Tanto a ella como a mí, el caminar y respirar por la vereda del río nos animaba, nos mejoraba el día. Apenas tenía que utilizar la bombona de oxígeno. Me di cuenta que era al llegar a casa sobre todo,

el meterme en mi habitación, cuando volvía sentir esa losa apretándome el pecho.

Un día me quedé mirando la fotografía de la niña de la comunión, me pareció que sus ojos me miraban con hostilidad y la opresión fue en aumento por segundos. Me fui al baño rápidamente y me miré al espejo, me dije que dejara de una vez de pensar o suponer tonterías y me lavé la cara con agua fría.

Aquella mañana, Matilde me sorprendió pidiéndome que fuera a la biblioteca a buscar algunos libros para leer, que le apetecía leer algo de poesía.

—La bibliotecaria ya me conoce, no te preocupes, ella los elegirá para mí.

Esa salida sola me vino bien, el lugar estaba a un cuarto de hora y el paseo solitario me dejó contemplar las calles, las personas, las tiendas como si fuera la primera vez que iba por allí. Sin embargo, desde la muerte de mis padres la ciudad se había vuelto una desconocida para mí, pareciera otra diferente a la que recordaba de antes, deduje que el nuevo cambio de vida había sido un punto y aparte en todos los sentidos.

Ya en la biblioteca, mantuve una pequeña conversación con la responsable del lugar, después de que me entregara los libros que solicitaba Matilde.

—¿Qué tal está ella?

—Bueno, estable, lo importante es que parece que el cambio de estación le ha venido bien.

—¿Cuánto tiempo llevas allí con ella?

—No mucho.

—Francamente, espero que tu presencia le venga bien, quiero decir que la anime porque desde que murió su familia, parece que ella quiera sumarse con ellos allá donde estén.

—No sé, a mí no me parece para tanto, aunque claro yo la estoy conociendo aún...

—Luego está su obsesión por Daniela, la hija, supongo que te habrá hablado de ella, ¿no? Siempre tan pendiente de ella y al final, ocurrió lo que más temía.

—Es normal que su muerte le afectara tanto.

—Pero antes de su muerte, ya padecía algún sufrimiento, no sé qué le ocurría, qué problema tenía la hija que Matilde estaba afligida del todo. Tal vez, te lo cuente a ti en alguna ocasión.

Volví a casa con la cabeza llena de pensamientos y dudas. A escasos metros de la vivienda, alcé la vista al cielo sin nubes, mis ojos tropezaron con la imagen de la niña de la fotografía asomada por la ventana de la que fuera su habitación. Pestañee y ya había desaparecido.

Una vez dentro de la casa, cuando me dirigí a mi estancia personal, no pude evitar mirar una vez más el cuadro de la pequeña, sus ojos parecían querer decirme algo, estaba casi segura a pesar de lo ilógico que podía resultar.

Luego Matilde me llamó y fui hasta el salón, la mujer tocaba el teléfono de manera nerviosa.

–Menos mal que has vuelto pronto, Belén.

–Pero Matilde, si apenas he estado fuera tres cuartos hora, ¿se encuentra mal?

–Me acaba de llamar mi hermana, que Alfonso ha salido muy afectado de una comida de negocios le ha dicho su secretaria y ella teme que haga de las suyas.

–¿A qué te refieres, Matilde?

–Venir a molestar, Belén, es lamentable pero así es.

–La verdad que no entiendo ese emperramiento, perdón por la expresión, por fastidiarla –dije confundida.

–Ay, Belén... si yo te contara... En fin, ya está avisado don Fabián, así que no debemos preocuparnos.

No me contó nada más y se marchó a su habitación. Cenamos aquella noche en silencio, no me atrevía a hablarle, notaba a Matilde muy impresionada y nerviosa. Sólo comentó que aquella noche iba tomar los somníferos que le había recetado su amigo y doctor para ocasiones especialmente como ésta. Pronto nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones.

Ya tumbada, era más de medianoche y no lograba conciliar el sueño. Le daba vueltas al tema de la hija de la señora. Hasta la bibliotecaria la había mencionado.

De pronto, el timbre de la puerta comenzó a sonar con gran estrépito y el susto me dejó paralizada. Oí cómo se abría una puerta, juraría que era la que pertenecía a la habitación de en frente a la mía. Entonces, instantes después, el altavoz de mi mesilla también empezó a emitir como interferencias para dar paso a una voz clara y chillona:

–No abras, ni se te ocurra, no abras por lo que más quieras.

Me llevé las manos a la boca para ahogar un grito, casi no me atrevía ni a respirar. Poco a poco los pensamientos acudieron a mi mente, debía salir a ver cómo se encontraba Matilde, era mi responsabilidad, para eso me pagaba, para velar por ella.

Los timbrazos seguían y yo conteniendo el aliento, me dirigí hasta la habitación de la mujer. Abrí con cuidado la puerta y di la luz sin pensarlo. Para mi sorpresa, Matilde dormía plácidamente. Me acerqué a tomarle el pulso, fue un acto reflejo. Cuando la toque la muñeca ella abrió un poco los párpados y murmuró algo que no distinguí.

–Tranquila, a dormir, yo me encargo.

–Daniela, hija, no abras –dijo moviendo los ojos a todos los lados.

–Tranquila, no te preocupes, no voy a abrir.

–Ni se te ocurra –y volvió a cerrar los ojos.

El timbre había dejado de sonar, oí algunas voces en la calle y me asomé entre los visillos del salón. El señor Alfonso iba vociferando y medio arrastrado entre dos hombres, uno de ellos con sotana.

Pasé despierta toda la noche, cuando amaneció sentí un alivio completo. Me asecé y en cuanto oí los pasos de Matilde salí a su encuentro. A pesar de la palidez de su cara parecía estar mejor que la víspera.

–Buenos días, Belén

–Buenos días. Matilde ¿qué tal te encuentras?

–Algo mejor, las pastillas me hicieron caer enseguida en un soporífero sueño.

–¿No se ha despertado en ningún momento?

–No –respondió con rapidez y preguntó– ¿Por qué, Belén?

–Nada, nada –mi voz delató la vacilación.

–¿Qué tienes que decirme?

–Matilde, anoche vino a tocar el timbre el señor Alfonso.

–¡Por Dios!

–No te pongas nerviosa porque no le abrí.

–Ay, Dios mío, no me enteré de nada, no recuerdo haber oído el timbre.

–Efecto de los somníferos, muy potentes por lo que se ve.

Matilde se quedó en silencio y se dirigió al salón. Yo la seguí y vi que cogía la bombona de oxígeno y después, llamaba por teléfono. Mantuvo una breve conversación con su hermana y colgó, su rostro se había calmado. Seguido volvió a marcar y pronto deduje que hablaba con su amigo el doctor.

Ella se giró hacia mí, le dijo a su interlocutor que aguardara unos segundos y tapó el auricular.

–Belén, por favor, ve a la cocina y prepara el desayuno, ¿quieres?

–Sí, si, faltaría más.

Mientras preparaba la cafetera y cortaba rebanadas de pan para tostar, me pregunté el motivo de tanto secretismo de Matilde. ¿Qué quería hablar en privado con el médico?

Quizá es que eran más que amigos y no quería que yo lo supiera. Pensé que, entre el susto en mitad de la noche, la voz invisible y no haber dormido nada mi cabeza terminaría por explotar. Me di cuenta de lo tocada que estaba, cuando fui a mi cuarto a limpiarlo y adecentarlo y al pasar por la fotografía de la hija, sentí un escalofrío que me recorría entera. Miré de reojo a la puerta cerrada de la habitación de la niña fallecida y me metí corriendo a la mía.

Me senté en mi cama, podía oír los latidos de mi corazón desbocados en mi garganta. Se me pasó la idea de recoger mis pertenencias y despedirme de Matilde para siempre pero el raciocinio me volvió, ¿a dónde iba a ir si no tenía ningún lugar al que acudir? Así que me levanté y comencé a hacer la cama.

Al cabo de unos minutos, oí que entraba en casa alguien, era la hermana de Matilde. Salí a saludarla y ella respondió cortésmente. Me dijo que tras la conversación telefónica se había quedado preocupada y venía a comprobar el estado de Matilde, también la aconsejó que se acostara un rato, no sin antes hacer que tomara una tisana. Cuando volvió del cuarto de ella se puso a hablar conmigo en voz baja:

–Hoy déjala que duerma lo que le pida el cuerpo, está muy nerviosa, respira con torpeza y me da miedo, Belén.

–¿Puedo hacerle una pregunta? –me atreví de repente, todo aquello me sobrepasaba y no podía continuar en ese estado de incertidumbre.

–Dime querida, si puedo contestarla...

–¿Qué ocurrió con la hija de Matilde?

–¿Cómo que qué ocurrió? Ya sabes que murió como el marido, los dos juntos en un accidente de tráfico.

–No, quiero decir antes del fallecimiento.

La hermana se quedó callada y la miraba de hito en hito.

–No puedo contarte nada, lo siento, es demasiado íntimo, doloroso y vergonzoso.

Dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó. Mis dudas se habían transformado en grandes intrigas.

Durante una semana todo estuvo tranquilo. Matilde y yo salíamos a pasear y el sol le había sonrosado levemente la piel, lo que le daba un aspecto más vital en general a pesar de la botella de oxígeno que portaba sin excepción.

En uno de esos paseos comentó que tenía ganas de ver a su amigo el doctor para que comprobara lo bien que le estaba viniendo su prescripción de tomar aire puro. Casualidades de la vida, le encontramos en la alameda del río, sentado en un banco leyendo el periódico. Matilde sonrió ampliamente y él también, charlaron durante diez minutos y luego nos despedimos, Matilde quería regresar ya a su casa, se sentía extenuada y yo, muy a mi pesar, obedecí.

Desde el suceso extraño de aquella noche, me costaba conciliar el sueño y no podía pasar por delante de la fotografía del pasillo sin sentirme agobiada. A veces me quedaba mirando el altavoz como esperando a que volviera emitir sonidos o interferencias. Ciertamente, estar entre aquellas paredes resultaba atormentador, además estaba el tema del cuñado de Matilde, Alfonso, no me había atrevido a preguntar nada sobre él, pero estaba muy asustada y ¿si volviera otra noche? ¿y si lo encontraríamos por la calle algún día?

Sólo deseaba que Dios tuviera misericordia de nosotras y le apartara de nuestro camino.

Llegamos a la vivienda y la ayudé a meterse en la cama. Yo me fui a mi habitación, me apetecía leer hasta que la señora se despertara y me recosté. El libro que tenía entre manos era *La Historia Interminable*, me estaba gustando porque hacía que por momentos, me sintiera un poco

protagonista de aquella aventura tan especial y me evadiera de mi propia historia.

Apenas empecé a leer sentí que el sopor se adueñaba de mí y, sin poder evitarlo, fui cerrando los párpados. “Sólo unos minutos” me reñí pero se estaba tan a gusto. Media hora más tarde, me desperté empapada en sudor y con una terrible congoja en el pecho, no quería recordar pero en mi mente podía ver nítidamente y revivir de nuevo el sueño, o mejor dicho pesadilla, que acaba de sufrir.

Ahora entendía los problemas respiratorios de Matilde porque yo sentía en esos momentos que el aire apenas llegaba a mis pulmones.

En el sueño, me veía a mi misma como estaba, tumbada sobre la cama y leyendo. De pronto oía pasos en el pasillo, me levantaba y salía de la habitación. Veía que el cuarto de enfrente, el de la hija de Matilde, se abría despacio. Yo me acercaba y me asomaba movida completamente por la curiosidad. Me daba un susto total cuando veía que en una silla se encontraba sentado el señor Alfonso y en sus rodillas la niña que yo había visto a diario en fotografía vestida de comunión. Era Daniela y tenía entre sus manos una muñeca. El hombre la atusaba el pelo y le preguntaba si le gustaba el regalo del tito.

La pequeña giraba la cabeza hacia donde me encontraba yo, su cara denotaba un gesto de ruego, de larga súplica. Quería moverme pero sentía una pesadez enorme, era incapaz y yo comprendía que necesitaba mi ayuda y no sabía cómo iba a poder hacerlo.

Entonces, se oía la voz de un hombre que llamaba a Daniela, que le decía que fuera a la cocina y ella de un salto se zafaba de Alfonso y salía por la puerta rodeándome, aunque por unos instantes me dirigió la vista.

Segundos después, el cuñado de la señora también se marchaba pero a diferencia de Daniela, no parecía haberse percatado de mi presencia. Entonces mi momentánea parálisis desapareció y a pesar de mi vacilación inicial, les seguí. Ella parecía haberse dado cuenta porque se había volteado y me miraba, como animándome a ello.

Llegamos los tres a la cocina en donde se encontraba un hombre alto, de bigote espeso y de mediana edad. La niña se tiraba a sus brazos y le decía papá. Él le decía que se iba a quedar una hora con el tío Alfonso porque la tía Petra había acompañado a su madre a unas diligencias, él se debía marchar a trabajar y mientras llegaba Matilde, le haría compañía el tío. La niña ponía cara de susto pero el padre se iba sin darse cuenta del disgusto de su hija.

Yo intuía que algo malo iba suceder, empezaba a vislumbrar el motivo del temor de la niña, empezaba a atar cabos y yo sabía que mi presencia allí no era en vano, aunque fuera semi invisible.

Alfonso, con las pupilas brillantes, la tomaba por los hombros y se los masajeaba, ella cerraba los ojos y sollozaba.

Me invadía una sensación de completa impotencia, quería gritar que parase, quería detener aquello tan grotesco pero no articulaba palabra ni podía moverme.

Me sentía tan apesadumbrada de ser testigo de tamaña trasgresión y no poder evitarlo.

De pronto por detrás de mí aparecía Matilde que se llevaba las manos a la boca, mirando aterrada la escena que sucedía, pálida en exceso. Se dirigía hacia ellos y cogía a su hija empujando a Alfonso a un lado, el hombre no decía nada y se marchaba de allí. Luego Matilde decía que no podía respirar y la niña pedía auxilio a gritos mientras me miraba y asentía.

Entonces comprendí súbitamente todo, el origen de la enfermedad respiratoria de la señora, el secretismo respecto a Daniela, la indecencia del señor Alfonso, todo. El fantasma de la hija de Matilde me había revelado lo que había ocurrido en el pasado y que no había acabado, que seguía teniendo repercusiones en el presente.

Me levanté de la cama, se me vino un presentimiento repentino y fui hasta la habitación de Matilde. Entré con sigilo, seguía dormida y me acerqué, entre las penumbras distinguí sus facciones relajadas sobre la almohada. No sé por qué pero me asusté, aquel rostro parecía más beatífico de repente. Le tome el pulso, no tenía y me di cuenta que tampoco respiraba.

La enterraron rápido, al día siguiente, en una tarde de auténtica primavera. Estábamos tan sólo la hermana, el doctor y yo. Los tres pálidos, ojerosos y sin hablar en ningún momento, ni para despedirnos después del oficio.

Yo me largué bien lejos de allí, cogí el tren para ir al pueblo natal de mis padres. Ya encontraría trabajo, ya me buscaría la vida, pero lejos de aquella pesadilla en la que había vivido los últimos tiempos.

Un amor extraordinario

El primer día que él entró en mi panadería pensé que tenía que ser modelo, actor o bombero. Se me cayó la barra de chapata al dársela y noté que la cara se me había puesto de rojo bermellón.

Al día siguiente volvió a comprar más pan. Según salió por la puerta empecé a contar las horas que faltaban para que regresara. Crucé los dedos deseando que se hubiera fijado en mí. ¿Por qué no?

De pronto, me encontré imaginando que estábamos cenando en el restaurante chiquitín donde preparaban un risotto tres quesos delicioso al que había ido tiempo atrás con mi cuadrilla y mi estómago sintió los aguijones del corazón.

Todas mis amigas estaban casadas desde hacía tiempo y con hijo, Miren y Karmele ya tenían dos. Algún día yo tenía que ir a mi propia boda y después, vivir todas y cada una de las etapas del embarazo. Estaba harta de dormir sola en mi cama de uno con cincuenta. De beber cervezas sola los sábados a la noche haciendo zapping.

Me prometí que le diría algo en la próxima ocasión, aunque sólo fuera que cómo llovía, cualquier frase típica, para poder hablar con él durante unos instantes.

No tuve ocasión porque la tercera vez vino de la mano de una chica.

Ella era el día y yo la noche. El tipo de chica que encajaba con él, a la que los hombres no podían quitar los ojos de encima, la que lleva el maquillaje adecuado para el momento del día en el que estábamos y que se secaba con un pañuelo de papel el agua de las mangas de su gabardina blanca que terminaba donde empezaban unas botas negras de charol de tacones tan afilados que podían matar. En fin, que ella debía ser también modelo, actriz o azafata.

Después de que se marcharan, agarrados bajo el paraguas con una baguette porque ella le había dicho: “Gaizka, corazón, no me hace gracia el pan que compras últimamente”, me fui a la trastienda y escupí a lo primero que encontré por delante, a los sacos de harina.

Durante toda la jornada mi humor no mejoró. Cada vez era más y más oscuro como las nubes que se habían adueñado del cielo de Bilbao. Para cuando cerré la panadería, había decidido ir a casa de mi amiga Aintzane quién se dedicaba a leer las cartas del tarot, crear hechizos, contactar con fantasmas, transformar un ánimo negro a uno verde o azul como ella los clasificaba y otras tantas actividades sobrenaturales a las que prefería denominar habilidades extraordinarias que había heredado ella y algunas mujeres de su familia.

Entré empapada en su cocina.

—Lleva lloviendo sin parar desde hace al menos una semana y a la chalada de Nora se le ocurre ir sin paraguas a la calle —dijo y me dio una toalla para que me secara el pelo.

—Quiero que hagas un conjuro de ésos de los tuyos—dije sin dilación.

Me miró levantando las cejas y arrugando la boca:

–¿Desde cuándo crees en mis cositas raras como las llamas tú?

–Necesito que un hombre se enamore de mí.

–¿Quién? ¿Es del barrio?

–No, ¿vas a ayudarme? Quiero que se enamore de mí, estoy loca por él –le dije dando vueltas al anillo que llevaba en el anular de la mano derecha.

–¿Le conoces bien? No se puede provocar algo si realmente no se está seguro de ello.

–No te preocupes, le quiero y quiero que él me quiera a mí. No es malo que quiera que me quieran, ¿no?

–Por supuesto que no, pero somos amigas y sólo quiero saber, no te había oído hablar de él hasta hoy.

–Lo sé, lo sé, acabo de conocerle pero siento que el corazón me va a explotar si no estoy con él.

–Bien, pero yo te he avisado, acuérdate. El hechizo para conquistar a un hombre es sencillo. Coloca en tu cabello siete horquillas pequeñas durante unos diez minutos. En un papel escribes el nombre de tu amado y colocas encima un mechón de tu pelo. Doblas la hoja y prendes todas las pinzas en ella. Guardarás esto durante siete días y siete noches, aún si tu deseo se logra antes. Pasado este plazo, veinticuatro horas después, retiras las horquillas y quemas el papel junto al cabello y entierras las cenizas. Muy importante este último paso porque estos restos sepultados otorgan al encantamiento la autorización suprema del mundo de los espíritus.

Por otro lado, al hacer esto, estás invocando al fantasma del amor que se encarnará en el cuerpo de ese chico ¿comprendes? Es diferente, no es como el amor verdadero que no se puede lograr con artificios, que es o no es, que ocurre o no ocurre, que nace en el alma.

–¿Pero él me deseará, querrá estar conmigo?

–Más que nada en el mundo.

–Entonces me da igual si es o no fantasma o un sucedáneo o lo que sea...

–La decisión es tuya y lo que ocurra de ahora en adelante será tu responsabilidad –sentenció y añadió–¿Volverás a contarme si te ha dado resultado?

Le prometí que sí y me fui corriendo hasta mi casa con las pinzas que me había regalado Aintzane en el bolsillo del pantalón. Hice todo lo que me había detallado, lo guardé en el mismo bolsillo de la chaqueta del trabajo y me fui a la cama. Se me había olvidado preguntarle a mi amiga si aquella noche ya contaba en el plazo.

Al día siguiente, cada vez que se abría la puerta de la tienda y la persona que pasaba no era Gaizka, tocaba el conjuro por encima de la tela para recordarme que todo saldría bien. Tan pendiente estaba de la entrada de la gente que di tres veces mal las vueltas y otras tantas confundía barras grandes con pequeñas o baguettes o qué sé yo. Estuve a punto de mandar a la mierda a dos

señoras que me preguntaron por los precios de todos los dulces y pastas de té que tenía en el mostrador. Pasó la jornada y no había aparecido. Salí y cerré la panadería, debí dar un portazo tan sonoro que alguien a mis espaldas dijo:

–Dos más como ese golpe y te la cargas.

Me giré para contestarle a quién fuera que se metiera su opinión por dónde le cupiera.

–¿Por qué no...? –me callé, Dios mío, era él.

–¿Qué?

–Nada, déjalo, creí que eras otra persona –dije mirando al suelo.

–¿Te ayudo a bajar la persiana? ¿Vives cerca? Quiero acompañarte, ¿me dejas? –soltó todo seguido.

Le contesté que sí y si me hubiera preguntado que si quería casarme con él también, sin dudar. No podía esperar a contarle a Aintzane las novedades. Realmente, sus hechizos resultaban eficaces al cien por cien y extra veloces en la entrega.

En el camino, no hablamos casi nada, sólo que era modelo, que tenía un nuevo trabajo ubicado en la calle paralela y por eso había empezado a pasar por mi tienda. Yo no me atreví a decir nada, por lo menos, nada me hubiera parecido coherente.

Le pillé en un par de ocasiones mirándome con descaro y pensé que hasta entonces, nadie lo había hecho de ese modo.

De repente, ya habíamos llegado al portal. El me dio un beso en la mejilla al despedirnos y me preguntó si podía ir a buscarme otra vez al trabajo. “Estaría encantada” le respondí. Mi sueño se había hecho realidad.

Volvió todas las tardes durante una semana a las ocho y media en punto para ayudarme con la persiana y acompañarme el pequeño trayecto hasta mi piso. Era extraño porque no hablábamos mucho. Me hubiera gustado preguntarle por la chica de las botas de charol pero me callé, no quería estropear mi película de amor. Además si estaba allí conmigo, la otra ya no importaba. Lo que sí que me contó era que trabajaba para una agencia de publicidad y su próximo encargo era con la marca de coches BMW. “Sacaré un pico” dijo silbando.

Al octavo día, me propuso ir a cenar, dónde yo quisiera y le llevé al restaurante en el que ya había imaginado ese acontecimiento. Tenía que quemar el papel del hechizo pero lo pospuse para cuando volviera a casa. Bebí tanto vino que lo olvidé y además sin saber cómo, acabé desnuda con él en mi cama. Por la mañana, me desperté con el ruido del camión del reciclaje.

–Mierda, mierda, mierda, me he quedado dormida y la panadería cerrada–me levanté y tiré el despertador al suelo.

Gaizka me agarró de un brazo y tiró de mí hacia su pecho.

–Quédate conmigo nena –y empezó a besarme en los ojos, en la nariz, en los labios.

Hicimos el amor durante todo el día. No paraba de repetir que me amaba, que no podía dejar de mirarme, de acariciarme. Yo no paraba de repetir “hazlo, hazlo”.

Al día siguiente, los clientes me preguntaron por qué había estado cerrada la tienda, sólo se me ocurrió contestarles que eran motivos personales. Al cuerno. Estaba un poquito harta ya de aquel barrio. Así que cuando al cabo de un mes, mi amor me pidió que cerrara para siempre el negocio para poder estar más tiempo juntos, lo hice. Sin dudarlo ni un segundo.

–Tengo mucho dinero, no te va a faltar de nada –aseguró.

Yo quería estar con él toda mi vida. Después del *persianazo*, Aintzane me llamó media docena de veces pero no me apetecía dar explicaciones. Me fui a la otra punta de Bilbao con el hombre perfecto. Sin dinero, sin amigos, pero le tenía a él. Lo que siempre había deseado. Me sentía absorbida por Gaizka, su amor era lo que más quería en el mundo.

Una tarde, por casualidad, al buscar una manta fina para taparme en el sofá mientras veía la telenovela de la sobremesa, había descubierto en el altillo de un armario una cajita en la que guardaba una medalla de niño que supuse era de su comunión, por la fecha que tenía grabada en el reverso y una copia de las llaves de casa.

Lo volví a guardar en su sitio pero me dio por pensar en su familia, en su vida, en su pasado, en aquella chica que le acompañaba cuando le conocí, por momentos me sentí con la conciencia sucia, en mi fuero interno reconocía que aquello no estaba bien pero cuando aquella noche me hizo el amor como si le fuera la vida en ello, se me olvidaron todas las dudas, la pasión hizo que se esfumaran de mi cabeza aquellas incertidumbres.

Algunos días después, estaba sola en casa porque él había ido a una sesión de fotos, fui al supermercado que había cerca a comprar algunas cosas que nos hacían falta. Cuando iba a entrar, vi en el cristal de la puerta la esquila de una chica joven que había muerto el día anterior, me quedé mirando porque sabía quién era Aroa Intxausti García. Era la del vestido blanco que iba de la mano de Gaizka aquella, no tan lejana, mañana. Una señora se paró a mi lado y dijo:

–Pobrecilla, un coche se la llevó por delante, hay rumores de que fue el novio... ese guapito, Gaizka se llama creo, que salió una vez en la tele, ¿no te suena?

Mi primer impulso fue largarme de allí pero tenía que preguntarle a la mujer algo de lo que no quería oír la respuesta:

–¿Por qué iba a ser él?

–Eso me pregunto yo, se le fue la chaveta, seguro. Debían llevar juntos desde críos –dijo ella echando a andar– Me voy guapa, que se me hace tarde.

No entré en el supermercado, regresé a casa y por el camino, no me atropelló un motorista por los pelos.

–¿Estás atontada?–me gritó el chaval que conducía.

Al volver del trabajo, Gaizka me encontró sentada en la cama, hacía ver que estaba leyendo

una revista del corazón. Se acercó a besarme y me tendió un paquete pequeño y envuelto en papel de regalo.

—¿Qué es? —y lo desenvolví con cuidado. Era una cajita de madera, al abrirla vi una sortija con un diamante azul.

—Cásate conmigo, Nora, te amo, por encima de cualquier cosa. Quiero que estés conmigo para siempre.

Me quedé en silencio, me tenía agarrada por los brazos y sus ojos brillaban tan cerca de los míos que, por primera vez, quise que los apartara de mí.

—¿Qué contestas, amor? —insistió él, estrechándome aún más contra su cuerpo.

—No sé...

Tenía que hacerle la pregunta que me atormentaba y no me venían las palabras a los labios.

—No lo entiendo, ¿qué no sabes?

—Esta tarde he ido a la calle.

—¿A qué? —preguntó con aspereza.

—Se habían acabado las cervezas y salí a por más. También por tomar el aire.

—La próxima vez me llamas y las compro yo, ¿vale?

—He visto la esquila de tu ex.

—¿Y?

—Se rumorea que fuiste tú quién la mató.

Me soltó por fin. Me arrancó de la mano la cajita del anillo y lo tiró con fuerza al suelo de madera.

—Dicen, sí, dicen muchas cosas... ¿Y no dicen que estaba loca? Andaba diciendo que yo cambié de la noche a la mañana, ¿Qué chorrada es ésa? No la quería. Me enamoré de ti. ¿Por qué se tuvo que poner delante de mi coche? Ella me provocó, joder.

Confirmó a las claras lo que se chismorreaba. Empecé a caminar en dirección al pasillo. No podía quedarme con aquel engendro porque estaba poseído, hechizado, no era más que un fantasma maligno encarnado en aquel cuerpo.

—¿A dónde vas, Nora? —dijo y al agarrarme de un brazo me hizo daño.

—Déjame marchar.

—No te puedes ir, tú eres la luz de mi vida, ¿no lo entiendes? Lo que he hecho ha sido por ti. Ahora no lo entiendes, pero lo comprenderás.

Me sentó en la cama de nuevo, me pasó los dedos por el cabello, me dio un beso en la frente y salió de la habitación.

Después oí cómo se marchaba de casa y echaba la llave. Me levanté temblando y fui hasta el recibidor, había cogido mi juego del aparador. Me había dejado encerrada. Mi cabeza giraba y me sentí muy mareada, me senté en el suelo del pasillo.

De pronto me arrepentí de todo, del hechizo, de irme con él, de abandonar mi vida,... Y lo peor era que una chica inocente había muerto a cambio de algo irreal, sobrenatural. Indirectamente había matado a un ser humano. Quise contener el llanto porque no tenía derecho a lamentarme.

Pero, aún podía hacer algo y llamé a Aintzane, tres tonos después contestó:

–Nora, ¿eres tú?

–Tienes que invertir el hechizo. No puedo hablar.

–No te entiendo. ¿Dónde estás?

–No tengo tiempo, te lo contaré luego, por favor, te lo suplico, rompe el conjuro que hice.

–Lo siento, no tiene vuelta atrás. Al quemarlo y enterrarlo se hizo eterno.

–Aintzane, no lo quemé, se me olvidó.

–Has desafiado al mundo de los espíritus, estás perdida...

–Te lo suplico, Aintzane, tienes que ayudarme, estoy en peligro.

–No sé...déjame pensar... Vale. Se puede poner remedio pero es magia negra, a un nivel superior.

–Lo que sea, no importa.

–No sólo hará que él ya no se fije en ti él, ningún hombre lo hará en adelante, es el pago, ¿lo comprendes?

– Hazlo, no será tan caro como el de ahora, líbrame de él.

–¿Aún tienes el papel escrito y las pinzas?

–Sí.

–Entiéralo y di tres veces en voz alta: “Vade retro quisquam” que traducido del latín significa: “Vete cualquiera”

Tiré el teléfono, revolví en el cajón de mi ropa íntima y encontré la hoja doblada con las horquillas prendidas, fui corriendo a la habitación en donde estaba el ordenador y en la que había un cactus. Lo arranqué de la tierra y sepulté el papel del hechizo. Tan sólo aquel acto ya me hizo sentir liberada, como si todo se hubiera vuelto fácil y fue cuando recordé de pronto el juego de llaves que guardaba en aquel armario y fui corriendo a buscarlo.

Las cogí, luego mi bolso y una chaqueta. No me hacía falta nada más, sólo quería volver a mi pequeño barrio de toda la vida. Abrir mi panadería. Pudrirme en mi piso de solterona y gritarle a los de la televisión insultos.

Cuando salí del portal y eché a andar deprisa hasta la parada del autobús, me lo crucé. Las piernas se me agarrotaron. Pensé que estaba jodida. Sin embargo, me miró unos segundos y ni siquiera hizo el amago de pararse. Cerré los ojos y respiré.

La pesadilla había terminado para siempre.

Isabella

Desde hacía una semana no podía pegar ojo. La muerte de Félix fue la causa de su insomne, la tristeza de su pérdida después de tantos años juntos, el sentir como si aquello sólo fuera un sueño, irreal, de mentira pero además, había que sumar los golpes y objetos rotos que se sucedían cada día. Isabella creía que se volvía loca por momentos.

La primera vez escuchó el ruido como de un portazo y en efecto, la puerta del salón que tenía un cristal de murano estaba hecha añicos. No había corriente ni nadie más que ella en la casa, pero a pesar de lo extraño del hecho, no quiso darle vueltas porque tenía la cabeza puesta en el funeral de su marido que se celebraría al día siguiente.

Las siguientes veces ocurrieron sucesos de similar apariencia, escuchaba sonidos fuertes y encontraba algo roto de la casa o tirado, como un par de sillas o libros por el suelo.

Aquello la trastornaba del todo y decidió contárselo a la doctora de cabecera a pesar de que sabía que le miraría con cara de benevolencia y le diría que eran signos de depresión post traumática o algo similar. Si ella estuviera en su lugar eso mismo pensaría, pero después de siete días sin apenas horas de sueño y en una casa que se había convertido en una especie de poltergeist, la vergüenza ya no tenía ninguna importancia.

La médica la escuchó con atención, después le recetó unos tranquilizantes y le aconsejó que se fuera un par de semanas de allí. Le explicó que a veces la cabeza ante acontecimientos dramáticos hacía cortocircuitos, por explicarlo de algún modo, y lo mejor era cambiar un poco el foco de atención.

Siguió los consejos de la profesional y llamó a su hermana Francesca, ésta le dijo que podía estar con ella todo el tiempo que necesitara. Así que fue a su casa a preparar una maleta y coger el primer vuelo destino Roma.

Tenía ya el equipaje hecho cuando se acordó de que le faltaban los guantes, Francesca le había comentado que llevaban unos días con un frío inusitado y horrible en el pueblo donde vivía y que fuera bien abrigada. Buscó unos que tenía Félix de piel, no sólo porque eran de buena calidad y protegían mucho, si no también como símbolo de que llevaba a su esposo con ella a todos lados.

Pensó que allá donde estuviera, él sabía que ella le amaría siempre y se consoló imaginando que se había encontrado con su hermano quién había muerto hacía dos años después de una vida bastante alocada pero ella no juzgaba a nadie y menos a su cuñado quién siempre había sido de trato amable con ella.

Buscó los guantes pero en los cajones de la cómoda no estaban, ¿dónde los habría metido Félix? Tal vez en los de la mesilla de noche. En efecto, allí los encontró. Al cogerlos vio que había una caja de los puros que él solía fumarse sólo los fines de semana, la sacó y la abrió había unos cuantos papeles de informes médicos y al final, un sobre en blanco, lo abrió por abrir. Cuando desdobló el folio que guardaba escrito a mano por ambas caras y comenzó a leer, tuvo que

sentarse en la cama de inmediato. Era una carta dirigida a ella:

Mi querida Isabella,

Eres la mujer de mi hermano y, sin embargo, no sé cómo, en cualquier momento de tus visitas de los domingos, he podido evitar abalanzarme sobre ti. He tenido que mantener a raya mis manos que querían tocarte el cabello, agarrarte por la cintura; permanecer alejado de ti para no oler tu perfume a rosas; resistirme al imán que son tus labios.

Debes de haberte dado cuenta de que cuando hablas me quedo con la boca abierta, como si me hubiera dado una trombosis. Sé que algo sabes, porque ya no te apoyas en mis hombros como lo hacías al principio, ni me agarras del brazo, ni me dices lo guapo que estoy con mi bigotillo o con el mono de trabajo roto (por no decir cómo cosquillean los oídos con sólo oír tu voz). Tal vez hayas escuchado mis pensamientos, cuando me hablas.

Tu acento italiano me calienta el cuerpo e imagino que me susurras “amore del mio cuore” mientras nos quitamos la ropa y nos besamos sin freno alguno.

Sé que eres la esposa de Félix, mi hermano mayor, y toda vuestra historia. Cuando os conocisteis en Madrid, en una cafetería de esas del centro a la que iba después de salir de trabajar de la oficina de arquitectos donde trabajó cinco años. Eras una estudiante de intercambio que se sacaba sus dineritos de camarera, guapa, amable, que le alegrabas las tardes, decía. "Los italianos son muy chulos menos ella", me contaba cuando hablábamos por teléfono.

Yo era un crío, estaba repitiendo octavo de EGB por tercera vez (a mí me gustaban demasiado las pellas y meterme en jaleos de cuadrillas) porque madre quería que, por lo menos tuviera el graduado escolar, las chicas del barrio me parecían de otro planeta, con sus carpetas rosas y sus risa flojas.

Pero cuando Félix te trajo a casa la primera vez, supe que tú, Isabella, eras diferente a ellas. Con una carterita azul de la mano y ofreciendo tu sonrisa brillante, quedé enganchado a ti.

La mañana del día que os casasteis en la ermita del pueblo, madre me preguntó por qué estaba tan enfurruñado. Le dije que mi hermano no te merecía, que no era suficiente para ti. “Déjate de tonterías hijo, ya te llegara tu día, ése en el que una mujer te ponga el mundo patas arriba” me contestó y, en silencio, dejé que me arreglara el nudo de la corbata. Quise añadir que yo iba a luchar por ella pero me callé. No quise disgustarle entonces.

Porque yo sé que tengo todo lo que tú quieras y si no, te lo consigo, del modo que sea. Si fuera necesario darte mi corazón para que tú vivieras, lo haría. Me quitaría la vida, lo digo muy en serio. Me apuesto un brazo a que ni él ni nadie haría algo así por ti.

Hace un mes que vivo en una casa que compré cerca de la alameda de pinos del río. Es pequeña, blanca con un balcón marrón lleno de rosas que no quiero regar yo solo. Ya no tengo quince años ni veinte, tengo cuarenta y sé lo que necesito.

Por eso, Isabella, esta carta representa todo lo que eres para mí. Me da igual todo, ni madre puede pararme. Ya lo dijo, que una mujer me cambiaría.

Tenía razón, madre siempre tiene razón.

Sólo sé que te quiero, que te espero desde hace muchos años y que por fin tengo el coraje de enviarte estas palabras a tu mansión de La Moraleja. Cuando se entere Félix dile que le espero, si es necesario, con los puños apretados.

*Tuyo, siempre,
Manuel*

“Con los puños apretados...” releyó Isabella, miró a su alrededor con una mano sobre la boca.

Sus sentidos y su mente funcionaban a la perfección, no necesitaba medicación para los nervios, ni tan siquiera marcharse de allí. Ella podía solucionar su problema y entonces dijo en voz alta:

–Félix, Manuel. Se acabó, ¿me habéis oído? Tenéis que parar ya.

El sobre naranja

El tráfico de las ocho de la mañana no le deja pisar el acelerador de su ibiza negro como ella quisiera. Sube el volumen de la música. Quizá así, no pueda oír sus pensamientos, sus recuerdos, sus planes.

Da un frenazo que hace que todo su cuerpo vaya hacia el frente como si de una marioneta se tratase puesto que ha olvidado ponerse el cinturón de seguridad. El coche de delante se ha parado y ella no lo ha previsto. Ella piensa: “Mierda, este tío es tonto, nos hubiera dado tiempo a pasar el semáforo en ámbar”.

Se mira en el espejo retrovisor, ve ojeras que le llegan hasta la boca y manchas rojas por toda la cara. Coge de la guantera las gafas de sol. Mira hacia el asiento del copiloto y ve el sobre de color anaranjado con su nombre y el de Toño. Se le revuelve el estómago con sólo mirarlo. Por momentos quisiera morirse.

Los cinco años últimos se convierten de pronto en humo, la primera cita con Toño, la escapada de fin de semana que hicieron a París, las promesas de amor para siempre, su apartamento amueblado entre los dos. Conocerle significó no volver a tomar ninguna pastilla más para la ansiedad, desde que estaba con él había hecho las paces con la vida.

Al principio de su relación, le pareció raro que siguiera hablando y llevándose bien con su última novia, Carol, pero se comportaban con tanta naturalidad que dejó de pensar en ello enseguida. Toño decía que le tenía cariño y Lina nunca vio motivos para sentirse celosa.

Por fin se pone el semáforo en verde. Cuando llega a casa quince minutos más tarde, al salir del coche coge el sobre con tal fuerza que lo arruga. Se monta en el ascensor y recuerda la tarde anterior.

“He pensado que podíamos casarnos Toño, ya sabes que siempre he tenido la ilusión de vestirme de blanco y quiero que sea contigo” le dice ella con una medio sonrisa y se sienta en el borde del sofá junto a él. Lleva un sobre naranja en las manos. Toño pestañea, un gesto habitual suyo, de sorpresa.

“No sé de qué te extrañas, ya sabías que este día llegaría” agrega mirando hacia el televisor encendido.

Él no contesta. Ella no sigue insistiendo. Cenar temprano, como siempre, porque él se tiene que ir al turno de noche de la gasolinera en la que trabaja.

Media hora más tarde, él le da un beso en los labios, le dice que lo pensará y se marcha.

Lina no ha podido dormir en toda la noche. No le ha dado un sí. Le ha dado muchas vueltas la cabeza. De madrugada, ha decidido ir a buscarlo a la salida del trabajo para desayunar con él, enseñarle el contenido del sobre y hablar. Mientras esperaba para entrar al carril que conduce a los surtidores, ha visto a su novio dirigirse a un audi blanco y se ha montado. El coche de Carol,

su exnovia.

Cuando entra en su casa, cierra la puerta y deja la llave puesta para que él no pueda entrar, desconecta el teléfono, los timbres y el móvil. Lanza el sobre naranja contra la pared y va al baño. Se toma todo el arsenal de pastillas que tenía guardadas en el fondo del armario de golpe, necesita evadirse, no pensar, escapar del dolor y seguido, se tira en el sofá. Ahoga un grito mordiendo el cojín que siempre coge Toño para tumbarse. Empieza a llorar y esta vez no trata de parar las lágrimas. Con calma, sin que Lina se oponga, va entrando en el abismo de los sueños más profundos.

Cuando despierta el reloj del dvd marca las cinco de la tarde. Ve llamadas perdidas de Toño en su móvil, la luz roja del contestador del teléfono fijo parpadea y de pronto vuelven a sonar los tonos de llamada. Ella trata de alcanzarlo pero observa horrorizada que traspasa el objeto con su mano. Una y otra vez. Su desesperación se vuelve infinita. Entonces salta el buzón de voz, es Toño:

-Lina, ¿dónde estás? Lina, estoy preocupado, no te localizo. Estoy en el hospital, he acompañado a Carol hasta aquí porque le han llamado para avisarle que a su madre le ha dado un ataque al corazón y está en cuidados intensivos. Me ha llamado porque estaba muy nerviosa y por eso estoy acompañándola.

Lina grita y el sonido que escucha es distorsionado, como un eco lejano. Mira el sobre naranja sobre el suelo de la habitación y piensa amargamente que cuando vuelva Toño a casa verá los bocetos de invitaciones a boda que había solicitado pero, ya no importará que cambie de opinión.

¿Quién querría casarse con una fantasma?

La gallinita ciega

Era el primer día de rodaje de mi nueva película, la primera toma. Grabábamos en la playa de Caños de Meca. Yo paseaba por la arena, cerca de la orilla del mar y oía unos gritos de socorro de alguien que movía los brazos con exageración dentro del agua, a unos cien metros. Me zambullía en su ayuda, nadando a crol, cogía el cuerpo de la chica que se ahogaba y de nuevo regresaba a la orilla. Al dejarla sobre el suelo, le apartaba los mechones pegados a la cara y le hacía el boca a boca. Tras un minuto, más o menos, volvía en sí. “Corten, perfecto” dijo el director.

Pensé que hubiera preferido que la escena se tuviera que repetir y poder saborear de nuevo aquellos labios con salitre. Al ofrecerle una mano para levantarse, me dijo un gracias tan directo a los ojos que yo, René Abrucio, a quién la prensa rosa había apodado como “el eterno adolescente”, me puse como una amapola. De pronto quise besarla, esta vez de verdad, pero estaba rodeado de gente y entre ellos, mi manager y mujer, Alicia, que me miraba directamente:

—Recordarte que después de la grabación tienes la entrevista con los de Canal Cinco, ¿a qué se te había olvidado, René? —dijo con su habitual voz desdeñosa y sibilante.

—Para eso, te tengo a ti, Alicia —respondí en voz casi imperceptible y fui hacia la estilista que me hacía señas para que me acercara.

— No tienes remedio, Qué harías sin mí...

La dejé de escuchar y de ver.

Por mi lado, pasó mi compañera de reparto y, tocándome un brazo, dijo: “Hasta luego, René”.

La había visto en muchas ocasiones en revistas y en televisión, incluso la había conocido personalmente hacía dos años en una entrega de premios. Nunca la había visto como ese día. Podría haberla seguido hasta el fin del mundo, hubiera peleado por ella, le hubiera regalado un jardín entero de orquídeas.

—¿Es maja Vera San Diego? — quién preguntaba era de nuevo mi mujer pegada a mí.

—Eh, pues, sí... no, no sé.—murmuré.

—Ay, René, siempre tan dubitativo... tan indeciso... —dijo con sus labios trémulos próximos a mi boca, mientras la estilista no se percataba de nada.

Cuando acabó de arreglarme el pelo y el maquillaje, aún quedaban diez minutos para la siguiente toma y pensé que me daba tiempo a charlar un poco con Vera. Con el pretexto de preguntarle algo sobre el guión, estuvo hablando conmigo durante ese minúsculo rato. Nos intercambiamos los números de teléfono.

Esa misma noche desde el sofá de mi casa le mandé un mensaje:

“Duerm muxo, desknsa q mñna tnemos la scena d la krrera x la playa y seguro q rptimos, unas

3vces.1bso.”

A los cinco minutos, tenía la respuesta justo cuando Alicia se aparecía delante de mis narices:

. “Ya,ade+ hará muxo calor, buf, q pereza m sta dando!1bso tb para ti.”

–¿Quién te ha mandado mensaje? –preguntó mi mujer entornando la mirada.

–Vera.

–¿Vera San Diego?

–Sí.

–La guapita Vera ¿eh? ¿Qué te escribe?

–Que le parece difícil lo que hay que hacer mañana.

–Qué mal se te da este rollo, con lo buen actor que eres, paradojas de la vida, jajaja –me miró durante unos segundos y desapareció.

Guardé el móvil en el bolsillo. Un beso, había escrito. Millones le daría yo. Me sentía como un quinceañero. Me hubiera puesto en ese mismo momento, a escribir en un papel su nombre y el mío hasta no dejar ni un hueco en blanco.

Fueron pasando los días del rodaje, aumentaron nuestras conversaciones en persona y por sms y yo cada vez estaba más colgado de ella. Se me hacía insoportable aquella carga por más tiempo. Una tarde, grabando en el faro de Trafalgar la última escena y la más romántica de la película, sentí en el beso que exigía el guión, algo real, que podía verse con los ojos cerrados. Al separarnos, ella desvió enseguida la mirada e intuí que podía dar el paso. Fui hasta su camerino para encontrarnos a solas.

–¿Has jugado alguna vez a la gallinita ciega?

Ella me miró como las vacas al tren.

–Sí, ¿a qué viene esa pregunta tan rara?

–Yo me siento ahora como si llevara los ojos vendados y el azar me hubiera llevado hasta ti. Te he reconocido.

–¿Qué? No te entiendo, René.

–Que me gustaría estar contigo siempre –me aproximé a ella.

–No juegues, por favor.

–Es la verdad, sólo puedo pensar en ti –le dije cogiéndole de una mano.

–Hace menos de dos meses que ha fallecido tu esposa, ¿crees que te puedo tomar en serio?
–contestó sin soltarme.

–Pero no la quería, de hecho nunca la quise. Fue un negocio. Me casé con ella porque me ayudó a llegar dónde estoy.

–No puedo creer lo que dices, déjalo, anda –dijo y separó su mano.

No pude resistirme y le volví a coger para acercarla a mí y besarla, que comprobara la verdad de mis palabras Ella no se opuso, sin embargo fue quién paró primero.

–No puedo René.

–Pero tú quieres, ¿o no?

–No..., sí, pero ¿tu mujer, qué? Es demasiado grotesco... No puedo.

–Te juro que lo que siento por ti es verdadero...

Ella se soltó de mí y se marchó corriendo. Alicia apareció, una vez más, se reía.

–¿Por qué no me dejas en paz? –dije manteniendo a raya los titubeos.

–Es que eres tan infantil, querido, no lo puedo evitar– dijo y añadió– Qué ridículo eres, René, de verdad.

–Lárgate, Alicia o lo que seas ahora, ya no existes.

Alicia resopló y la temperatura descendió en pocos segundos porque sentí escalofríos en los brazos. Ella cambió la sonrisa por un rictus en la boca y mirándome a pocos centímetros dijo despacio:

–Basta, René. No es más que un simple juego de chavalitos, como anteriores veces. Nuestro matrimonio es para siempre, ¿me oyes? no se va a romper jamás. Olvídate de ella. ¿Estamos?

–Pero, tú no me quieres y yo a ti, tampoco. Nunca nos hemos amado.

–¿Y eso desde cuándo importa? ¿Ya se te ha olvidado que gracias a mí eres quién eres? Voy a estar siempre muy cerca de ti, no lo olvides. Aunque ya te irás dando cuenta, pipiolo –dijo y seguido se esfumó.

Comprendí horrorizado que estaba más que atado, estaba condenado a ella.

No volví a ver a Vera ni hablar con ella hasta el día del estreno de la película, en dónde traté de no encontrarme con ella cara a cara y ella no cruzó ni una sola mirada conmigo.

El collar jade de Aantcha

En la cola de embarque del avión con destino a México, Marina se preguntó una vez más si se estaba comportando como la clase de persona normal, juiciosa y adulta que se supone que debía ser. Iba a viajar en busca de un hombre con el que apenas había pasado unas horas. Sin embargo, suficientes para dejarle huella, para encontrarse, de pronto, con un billete de avión en las manos, una mochila con unos pantalones, un par de bragas y poco más y su corazón deseando que lo imposible se volviera real.

Dos días antes, en la biblioteca de la universidad, recopilaba unos últimos apuntes sobre las culturas mayas de la península de Yucatán. El plazo para entregar su trabajo personal de fin de grado terminaba en dos semanas. Después, si lo defendía con éxito, podría colgar el título de arqueóloga en su habitación. Estiró el cuerpo, le dolía todo, de llevar tanto rato encogido. Chocó contra las piernas del chico que tenía de frente en la mesa.

–Lo siento, ¿te he hecho daño? – susurró algo apurada.

–Tranquila, nada, nada –contestó él y volvió la mirada hacia los papeles que tenía de frente.

Marina le observó durante unos instantes. Estaba absorto en su trabajo, en los cuadernos que tenía encima de la mesa diseminados. Subrayaba con un rotulador rojo y escribía notas en una libreta. Se preguntó qué le interesaría tanto. Se levantó para ir a tomar un café a la sala de descanso; ya de parar, que fuera al completo.

Cuando daba el primer sorbo, apareció él y metió un par de monedas en la máquina de chucherías y sacó unas galletas saladas. Se sentó al lado de ella y le ofreció de la bolsa.

–No, no, gracias –dijo de nuevo azorada.

–Son brutales, no sabes lo que te pierdes.

–Es que no tengo hambre, empollar me desgana.

–¿Qué estudias?

–Arqueología.

–Guau, ¿en qué curso estás?

–He acabado, ahora me toca entregar el trabajo final.

–Bueno entonces, ya eres arqueóloga... ¿sabes que me iría bien alguien como tú?

–¿Bien para qué? ¿A qué te dedicas? –pregunté roja de vergüenza.

–Soy algo así como un busca tesoros, para que me entiendas, quiero ir a Aantcha, entre sus ruinas hay perdido un collar de tres piedras de jade verde de un valor tremendo –dijo bajando el tono de voz.

–¿Un busca tesoros? Creía que eso sólo era de las películas.

–La realidad supera a la ficción, ya ves, entonces dime, ¿te suena algo de lo que te acabo de contar?

–He leído algún artículo sobre ello pero dicen que es una leyenda, como muchas que circulan por Yucatán, con fantasma incluido por supuesto, cuentan que es el guardián del tesoro.

–Yo sé que existe, tengo un viejo manuscrito maya y voy a ir. Si o si. Los fantasmas se los dejo a Iker Jiménez.

Marina miró la hora y le dio el último trago al café, le dijo que iba a seguir con su trabajo. Le deseo suerte en su aventura. Se sentó de nuevo ante sus libros y apuntes y pensó que a pesar de que estuviera algo loco, era simpático. El recogió todo lo que tenía esparcido por la mesa y se despidió.

Más tarde, cuando ella salió por la puerta de la biblioteca, le vio de frente sentado en el capó de un Opel Corsa destartado. Le dijo que le estaba esperando para tomar una caña.

Cuando se despertó al día siguiente, al principio no sabía dónde estaba. Poco a poco recordó que después de unas cuantas cervezas, se enteró de que su acompañante se llamaba Gorka, que su signo del zodiaco era virgo y que tenía fama entre sus conocidos de hacer succulentas paellas. También recordaba que sus ojos eran como los de Jude Law. Él le había preguntado si quería ir a su casa a tomar la última.

Se levantó de la cama, estaba sola en el piso. Se acordó de una mochila de monte tirada en el pasillo junto a la puerta de entrada. Ya no estaba. No había dejado ninguna nota, no vio teléfono alguno. El vacío llenaba todo el piso. Se marchó.

Se pasó el día aconsejándose a sí misma borrar las últimas horas que había vivido de su mente. Debía desengañarse y sin embargo, la cabeza insistía en dibujar los ojos de Gorka, sus besos y de repente, supo qué tenía que hacer. Qué quería a hacer. Ir a Aantcha, le encontraría en su viaje de búsqueda del legendario collar de jade.

Allí estaba en la cola para embarcar. Se convenció a sí misma una vez más de que todo saldría bien, que no había perdido el juicio.

El avión llegó a la hora prevista a México. Desde allí cogió un autobús de ruta nocturna y en el que pasó muy mal rato porque a mitad de camino unos tipos, que se sentaban en los asientos de atrás, empezaron a pelearse hasta que el conductor los echó del vehículo a punta de navaja.

Se bajó en una aldea llamada Oienza, en la que empezaba la ruta hasta las ruinas de Aantcha. Vio en la fachada de una de las casas, “Pensión La Virgencita” y decidió coger una habitación para dormir hasta que amaneciera y ponerse en camino. A pesar del cansancio y de llevar horas sin pegar ojo, tardó en quedarse dormida. Quería llegar cuanto antes a su destino, a Aantcha, a Gorka.

“¿Y si me manda a la mierda?, después de todo, no se despidió” le asaltó por unos momentos la duda. “Eso no va a ocurrir” y zanjó sus vacilaciones. “A dormir y punto.”

Amaneció un día de cine, sin una nube, repleto de toda la gama de colores aunque el bochorno se pegaba en cada rincón de la piel. La dueña de la pensión, doña Lola le preguntó de dónde era mientras le ponía un café negro con azúcar de caña. Le contestó que de Madrid.

–¿Y cómo una muchachita tan joven y relinda está sola?

–Es largo de contar doña Lola –no quiso darle detalles, quería marchar ya.

–¿Qué es lo que va hacer por aquí?

Le contó que quería subir a las ruinas. Supuso que, satisfecha la curiosidad de la señora dejaría de hacerle preguntas.

–¿Sola? No puede señorita, es peligroso ¿y si se cae o le pica una serpiente? No puede ir sin compañía. Además puede pillarle la tormenta que dicen habrá a la tarde.

–No me pasará nada.

–No, no. Acá hay otro cliente que también quiere subir a Aantcha. Vayan juntos, es un hombre muy amable y un caballero.

Marina contuvo sus ganas de gritar de felicidad. No se lo creía, le había encontrado y antes de lo que ella esperaba.

–Mire, ahorita está bajando por las escaleras –señaló la mujer.

Un señor de escaso metro sesenta, con indumentaria militar y gafas rojas se situó al lado de ellas.

–Ramón le espera con el jeep mister Flood, ¿podría ir con usted esta señorita? Quiere ir sola, no lo permitiremos.

–Of course, no problem. ¿Cómo se llama?

Marina se presentó con recelo. Aquel personaje parecía sacado de una película de los hermanos Marx pero doña Lola no iba a dejarla marchar sola de ningún modo. Parecía su madre. Pensó que si en realidad fuera peligroso no la mandaría directa a sus fauces, ¿no?

En la calle esperaba un hombre en un jeep con el motor arrancado. Ramón, el primo de la doña, que les advirtió que irían por un camino muy estrecho bordeando un precipicio, “mejor siempre mirar al frente” les aconsejó. Se le olvidó preguntar si les gustaba la velocidad. Mister Flood gritó durante todo el trayecto: "Oh my god, oh my god." Marina contenía la risa. En verdad, iba encogida en su asiento, Ramón conducía demasiado deprisa por el caminacho por el que iban pero los aspavientos de su compañero eran todo un show. Cuando llegaron al final, el hombrecillo se bajó y se tiró al suelo a besarlo media docena de veces. Ramón le miraba a Marina con ojos de no entender nada. Tomó de la guantera del jeep un pequeño machete y les indicó que le siguieran. Si se suponía que existía una ruta hacia Aantcha, Marina no entendía el motivo de que Ramón les quisiera acompañar o guiar. Enseguida lo descubrió. A medida que iban subiendo el camino, éste se hacía más abrupto. La maleza había ido cubriéndolo.

–Por aquí han pasado hace poco –le escuchó ella decir a Ramón y se fijo que había zarzas sujetas con piedras grandes.

Ramón andaba a buen paso, Marina le seguía sin dificultad pero el caballero inglés no le daban las piernas, cuestión de complejión física. Al mediodía pararon. El guía les habló pero el zumbido constante de los mosquitos que estaban a su alrededor no les dejó escuchar apenas nada, así que alzó la voz.

–Casi hemos llegado, es el último repecho, más adelante encontraremos una explanada, ahí esta la ciudad en ruinas de Aantcha.

–¿Qué ha dicho, Marina? –preguntó mister Flood que estaba muy rezagado.

–Que estamos llegando, la ciudad está cerca – contestó ella secándose el sudor de la cara con las mangas de la camisa.

–Por fin, no puedo más, esta selva y sus mosquitos me matarán.

–Lo mismo dijo cuando íbamos en el jeep esta mañana, dijo que Ramón nos mataría a los tres, que caeríamos por el precipicio dentro de ese viejo trasto, ¿o acaso lo ha olvidado?

–Ya, ya, pero esto es peor, sin duda, ¿hay algo que lo supere? No hay parte de mi cuerpo que no me hayan picado esos bastardos, con ropa y todo.

Marina chasqueó la lengua y se apresuró en los últimos metros, tal vez estaría Gorka, entre escombros, cuando llegara a la campa. ¿Qué cara pondría? ¿Qué le diría? Ramón se puso por delante de ella en dos zancadas.

–Señorita, y usted ¿qué busca por acá? –le preguntó sacándola de su ensimismamiento.

–Soy arqueóloga, mi interés es estudiar civilizaciones antiguas.

Ramón le miró de reojo y negó con la cabeza.

–Mister Flood va en busca del jade perdido pero alguien parece habersele adelantado y usted dice que viene a estudiar...

Marina no respondió nada. Apresuró aún más los pasos. Intuía que él estaba allí arriba. Ramón se calló y siguió dando machetazos para abrir camino entre helechos, matorrales y ramas de árboles caídas. Tras pasar entre unas rocas de aspecto verdecido llegaron a, la tantas veces citada, Aantcha.

Marina admiró aquel paisaje. Estructuras de adobe derruidas se confundían con el horizonte azul al menos hasta lo que sus ojos le permitían ver. “Esto es más grande de lo que me había hecho a la idea” se dijo ella.

Mister Flood sacó un pergamino de su bandolera. Tenía las mejillas del color de sus gafas, que se le resbalaban en la nariz a causa del sudor. Se dirigió a la derecha.

–Según este manuscrito maya el collar de los tres jades está en el santuario subterráneo en la parte sur –y echó a andar.

Marina le siguió. Gorka también había hablado de un pergamino. Siguió al inglés, ¿qué otra cosa podía hacer? Llegaron a la entrada de una cavidad rodeada de tres círculos concéntricos. mister Flood dio primero paso a sus compañeros.

–Perdone señor, yo no, dentro hay tanta oscuridad que se llega a tocar, quizás algún animal se haya metido o vaya saber lo que se encuentra –dijo ella con cautela.

Marina miró expectante al hombrecillo de las gafas rojas, éste sacó de su bandolera una linterna y comenzó a agitarla, se cargaba por fricción. Pulsó el interruptor y volvió a ofrecerles pasar los primeros. Ramón dijo que se quedaba fuera. “Las cosas de Dios a la luz del día que los fantasmas ahí no se dejan ver” murmuró.

Marina y mister Flood se adentraron en la cueva. El aire estaba cargado de una mezcla de humedad y huevo podrido. La luz de la linterna mostraba enormes telas de araña que iban quitando a medida que caminaban hacia el interior. Marina se hubiera dado la vuelta en ese mismo instante pero el deseo de encontrar a Gorka podía con ella. Jamás se había puesto en peligro por nada, ni por nadie y ahora estaba allí, con un hombre medio chalado, al otro lado del charco y en busca de alguien que no sabía si quería que lo encontraran.

Llegaron al final del subterráneo. Se encontraron con un anfiteatro enorme, como una plaza de toros, en el medio había un altar grande y en uno de los lados, otro de menor tamaño y alejado del principal. En las paredes había dibujos mayas que llamaron la atención de Marina. Representaban escenas de ritos, se mostraban hombres, mujeres y niños arrodillados ante figuras de dioses. mister Flood dijo que el collar debía estar en el altar principal, dentro de una de las piedras que conformaban la columna que lo sujetaba. “Una piedra falsa, jeje” dijo riéndose de su propia ocurrencia.

Pero, se le había adelantado algún otro. El hueco estaba vacío.

El inglés se dejó caer en el suelo embarrado. “Shit, shit” repetía.

–Mister Flood, ¿no oye algo? –le preguntó Marina haciéndole señas para que guardara silencio.

Clon, clon, clon. Parecían goterones. Clon, clon, clon. Marina le quitó la linterna a su compañero. La movió con cuidado en círculo. El sonido parecía proceder del pequeño altar del fondo. A medida que se acercaba lo podía escuchar con más claridad. Clon, clon, clon. Contuvo la respiración al llegar allí y pasar la luz por detrás del pedestal. Un bulto se movía con espasmos. Se acercó más. Era una persona y convulsionaba.

–Mister Flood, hay alguien aquí, venga, corra –retumbó en la oscuridad.

Al darle la vuelta, con mucho esfuerzo, y verle la cara, pensó que se quedaba sin respiración.

–Gorka. Gorka, habla, por favor, oh no...

Vio en su pierna izquierda una herida muy fea, en la ingle, supuraba y olía a carne podrida. Intentó levantarlo y no fue capaz de moverlo siquiera un milímetro.

–Mister Flood, ¿dónde está? –gritó.

Un bulto apareció a su lado y casi cayó encima de ella y el moribundo. Era el hombrecillo inglés que a tientas y a trompicones pudo llegar hasta ella.

–Oh, my god, what is this?

–Hay que sacarlo de aquí, se va a morir, se desangra por la pierna, ayúdeme a moverlo.

–Claro, claro.

Marina se puso la linterna en la boca y cogió a Gorka por las axilas, su compañero lo tomó por los tobillos y lograron transportarlo poco a poco. Paraban a cada momento, resoplaban, la linterna se caía, el suelo resbalaba. Gorka convulsionaba y mantenía los ojos cerrados. “Que no se muera, por favor, ahora que le he encontrado, no, no” rezaba Marina en su cabeza.

Lograron llegar a la puerta de la cavidad. Ramón seguía allí. Cuando vio la situación se echó atrás santiguándose.

–¿Está muerto? –preguntó.

–No, no diga eso, necesita un médico, ayúdenos a bajarlo. Por favor –gimió Marina.

Ramón se acercó con tiento. Marina empezó a llorar.

–No llore señorita, no llore, venga, entre los tres podremos llegar hasta el jeep.

–Gracias, millones de gracias...

Ramón tomó el mando y cargó con Gorka a los hombros, le dio el machete a Marina y mister Flood se puso en la retaguardia echándole agua en la nuca al herido. A Marina el trayecto le pareció tan largo, como el vuelo de Madrid a México. Con cuidado le tumbaron en el asiento de atrás del cuatro por cuatro. Ella le cogió la cabeza y la puso encima de sus piernas.

–Por favor Ramón vaya despacio –pidió mister Flood.

Avanzado un trecho del recorrido hasta Oienza, Gorka abrió un poco los párpados. Marina no dejaba de acariciarle la mejilla. El trató de decir algo.

–El collar... el fantasma

–Olvídate de eso, tranquilo, calla –le calmó.

El inglés miró hacia atrás y preguntó:

–¿El collar de las tres piedras? ¿Lo ha cogido él?

–Mister Flood, eso ahora no importa, ¿Cuánto falta Ramón?

–Poco, señorita, tranquila, tranquila.

–El collar... el fantasma–comenzó de nuevo a decir Gorka.

–No hables, por favor, ya llegamos.

–El collar sigue allí pero yo ni siquiera me pude acercar –logró terminar la frase y añadió– Marina, la leyenda del fantasma es real. Me atacó, me lanzó un puñal que logré sacarme, luego me desmayé por lo que veo, porque no recuerdo nada más.

–Estás a salvo, el collar no importa.

–Marina... –dijo y alzó el cuello para mirarse la herida– el dolor está desapareciendo, ¿dónde está la herida?

Marina no daba crédito, la desgarradura horrorosa y pestilente de la pierna había desaparecido de su cuerpo.

–Es imposible, si hace un momento estaba ahí mismo... ¿qué coño...? –dijo ella.

Ramón, entonces, murmuró algo referente a un ataque fantasma pero no aclaró nada y continuó conduciendo a toda velocidad.

Enseguida llegaron a Oienza y Ramón condujo el jeep hasta la casa del médico de la aldea y metieron a Gorka en la consulta. Poco después salió la hija a informar que no peligraba su vida. Se encontraba en perfecto estado, un poco deshidratado pero nada más. Marina entró a verle, sin mediar palabra le abrazó y le dio un beso en los labios. Al separarse, él le sonrió y dijo:

–Me fui sin despedirme, debiste pensar todo lo peor de mí. Sólo puedo decir que estaba cegado con el maldito collar, lo siento. Lo pasé bien contigo, muy bien y no sé qué he hecho para merecer que estés aquí y que me hayas salvado la vida.

–Ni yo lo sé, quizá yo también estuviera y esté cegada... por ti.

Se volvieron a abrazar y besar. Oyeron un carraspeo y se separaron, era Ramón y mister Flood que se acercaban a ellos.

–Ramón, cuénteles a los chicos lo que acaba de relatarme a mí, presten atención –dijo el hombrecillo.

–Cuando he visto lo ocurrido con su herida, me he acordado de lo que nos contó una vez mi abuelo sobre los ataques fantasmas.

Marina y Gorka escuchaban con atención al hombre, mientras mister Flood se atusaba el pelo una y otra vez.

–Existen fantasmas que son incapaces de poder tocar a los humanos, pero si pueden hacer daño psicológico, de tal manera que logran que sintamos dolor e incluso hacernos ver que tenemos heridas sangrantes. Sin embargo, cuando abandonamos el sitio en el que se encuentra lo que ellos custodian, en este caso el collar de jade, descubrimos que tales heridas desaparecen. Si no llegamos a encontrarte, hubieras muerto y lo peor de todo es que realmente, hubiera sido de un infarto.

Los dos chicos se quedaron en silencio y se volvieron a abrazar, mientras mister Flood arqueaba las cejas en señal de exclamación.

Marina pensó, entonces, que ese viaje de locos había sido lo más cuerdo que había hecho en su vida y de lo que no se arrepentiría jamás a pesar de que del collar jade no se supo nunca nada más. Para ella se convirtió en símbolo de la historia más importante de su vida.

Roser

Roser,

No sé por dónde empezar. Trataré de contarte lo que me pasa. Mañana será mi cumpleaños y el único regalo que querré serás tú. Déjame que te cuente, aunque con el poco dominio que tengo en lengua, esta carta me saldrá fatal.

Te diré que estoy tirado en el sofá viendo la tele, o más bien haciendo zapping, porque el día está lluvioso y el termómetro ha bajado tanto que pareciera que ya estamos en invierno y aún quedan tres semanas para el otoño. De todas maneras, aunque luciera el sol yo no tengo ganas de salir, ni de estar ni hablar con nadie. Desde que he vuelto a casa, sólo me apetece estar tirado y cerrar los ojos y volver atrás en el calendario, al preciso minuto en que te vi por primera vez y me di cuenta que no me resultabas indiferente. Tú ibas con otra chica, veníais de dar una vuelta por la feria, tu amiga y mi primo, que se conocían de no sé qué, se pararon para hablar un poco entre ellos. Al mirarte, me sonreíste y dijiste hola. Estuve toda aquella noche pensando en ti y atento por si te volvía a ver. Y ocurrió, claro, el pueblo no es tan grande como para que no nos volviéramos a cruzar. En ese segundo encuentro quise hablar contigo con cualquier excusa. Como si supiera lo que estaba pensando, mi primo Pau vino en mi ayuda diciendo: “estas chicas son también de Barcelona”. Bien, porque eso nos dio pie a una conversación, no muy larga, pero con la que me di por satisfecho ya que, por lo menos, podía observarte con toda tranquilidad. Me gustó tu nariz de duende. A la noche siguiente, te volví a ver en uno de los bares de la plaza con un montón de personas, estabas seria, callada, dándole vueltas al vaso que tenías entre las manos. Te acercaste a saludarme y yo, con mis cuatro martinis blancos entre pecho y espalda, te pregunté a bocajarro:” ¿por qué andas con esa gente?”, a lo que contestaste: ”Porque tú no quieres estar conmigo”. De repente, me encontré andando por una de las calles del pueblo junto a ti, ¿a dónde podíamos ir?, ¿de qué hablaríamos? Nos paramos en un coche cualquiera, no recuerdo ni el color ni la marca, ni si era grande o pequeño, estaba pendiente de ti, de lo que decías, de cómo se movían tus labios y de que a lo tonto nos íbamos acercando cada vez más el uno al otro hasta besarnos. Podían derribar, de nuevo, las torres gemelas que yo ni me iba a enterar. Al apretarte contra mí, caí en la cuenta de que al día siguiente marchaba para mi casa en Barcelona y que ya no volvería a verte. Pero no dije nada porque no quise estropear ese abrazo en el que estábamos. Tenía que haberte pedido el teléfono, o enterarme si estabas en el Facebook, o tan sencillo como preguntarte si nos volveríamos a ver. No hice nada, tu boca tenía un imán que atraía la mía, y me dediqué a saborear cada segundo que duraron nuestros besos. ¿Cuántos fueron? ¿Cinco, ocho, diez? Luego te soltaste de mis manos y te fuiste deprisa a dónde estaban tus amigas. Te llamaban, te gritaron desde la otra acera que ya había llegado el taxi que habían pedido. Fue una despedida tan rápida. ¿Por qué fui tan gilipollas y no te pude decir ni preguntar algo más?

No hago más que rebobinar y visualizar una y otra vez todo esto en mi mente, hasta que vuelvo a abrir los ojos y veo que estoy a quinientos kilómetros de aquel coche y de aquella calle y tan sólo, a veinticuatro horas de aquel momento, y que tal vez no te vuelva a ver hasta el próximo

verano, dentro de casi un año. Casi trescientos sesenta y cinco días. O peor, que nunca más coincidamos.

Mañana cumpliré dieciocho años y el único regalo que desearé es volver a encontrarme contigo. Barcelona tiene muchos habitantes pero nunca se sabe, quizá cualquier mañana, tarde o noche nos crucemos, en la universidad, en una cafetería, o en un pub. Ojalá.

Hasta entonces, estaré colgado de cada segundo que te besé, que estuve cerca de ti y sentí tu calor y olí ese perfume a lilas que el humo de los bares no había podido sabotear de la piel de tu cuello.

Me conformaré con verte en mis pensamientos cada día y sentirte cerca para tocarte con mi imaginación. A mi cabeza viene lo que dijo el escritor Gregorio Marañón, creo que fue él::

“ Cada hombre lleva un fantasma de mujer, no en la imaginación que entonces sería fácil de expulsarle; sino circulando en su sangre, y cada mujer un fantasma más o menos concreto de hombre”

¿Será así, Roser? ¿También me llevas en tus venas? Ojalá...

Gérard

María la francesa

Se metió el rosario en un bolsillo, se levantó la bufanda de lana para taparse la boca y cerró la puerta del caserío. La joven María empezó a andar deprisa sin apartar la vista del suelo, intentando esquivar los baches de barro formados por la lluvia incesante con la que había concluido noviembre. Le urgía llegar a la parroquia antes de que Fray Fabián comenzara el oficio matutino para poder hablar con él, quién sabría ayudarle. Lo había decidido unas pocas horas antes, después de que se le presentara el Demonio en su propia casa.

Lo que temía desde hacía tiempo había ocurrido finalmente. En la madrugada, sentada en la cama, María oraba en murmullos cuando oyó un repiqueteo suave en la entrada. “Mon Dieu” dijo agarrándose el crucifijo que colgaba de su cuello, salió del camastro y descalza se acercó a la puerta. No oía nada. De puntillas, fue hasta la habitación contigua para asomarse un poco por la pequeña ventana. Una muchacha se balanceaba sobre los pies, hacia arriba y abajo, y se reía abriendo la boca con exageración. Era María de Jureteguia, conocida del pueblo, iba con flores y hojas secas en el moño y sin abrigo, a pesar de la helada que estaba cayendo. Llevaba en la mano un tarro de arcilla y con la otra volvía a tocar la madera.

—¡Maritxu! Abre... te traigo un regalito —dijo estirando las palabras con dulzura—. Marie...

La aludida, en cuclillas y con los ojos cerrados, guardaba silencio.

—Eres una desagradecida... ¿Qué te han hecho en Francia para que estés tan rara? Vale, me voy... —se despidió con la mano y echó a andar marchándose de allí.

La agazapada se levantó y atisbó que, antes de alejarse dando saltos para pasar los charcos, dejaba a la entrada el frasco que traía. Cuando le vio torcer la calle, dejó de contener la respiración y abrió la palma de la mano que sujetaba la cruz, tenía la forma de ésta grabada en la piel en rojo y profundamente. Se dijo a sí misma que era una señal de que Dios estaba de su parte. También de que debía tener el valor de averiguar lo que contenía la vasija. Fue hasta la puerta y la abrió con precaución. Nada más verlo supo con certeza qué era. El ungüento para volar. Ella misma lo había experimentado cuando se lo había untado por todo el cuerpo participando en akelarres. Compuesto de mandrágora, belladona, piel de sapo y hongo de centeno. Lo cogió entre dos dedos y lo llevó hasta el fogón para lanzarlo a las ascuas. El recipiente se partió en dos y el líquido viscoso, al contacto del calor, chisporroteó dando lugar a una niebla negra nauseabunda que enseguida desapareció. María se llevó las manos al pecho. Antes de volatizarse, el humo era una figura humana con cuernos. Se santiguó tres veces y tomó un trago de agua bendita medio escarchada que guardaba en un botijo. Satanás, encarnado en su vecina, le quería hechizar para que regresara de nuevo con él.

Al principio había recogido su escasa ropa a modo de fardo para escapar a Ciboure, tratando de convencerse a sí misma de que allí no temería cada noche que doncellas de rostros angelicales le tomaban del brazo y se la llevaban para después convertirse en monstruos desfigurados. Dormiría en casa de sus padres y trabajaría en alguna mansión con ventanales por los que

asomarse y por donde entraría el salitre del mar. Podría ir paseando a misa, a rezarle a La Virgen, quien le había acogido de nuevo en su seno, sin ningún tipo de temor como le ocurría allí, en su pueblo. No tendría que soportar, cada día, que la llamasen “la francesa” o “gabacha” ni las risas de sus vecinos por el acento que se había arraigado en su voz y que intentaba disimular al explicar que ella también era nacida en Zugarramurdi, dato que éstos conocían de sobra.

Recordó cuando ella fue esclava del Demonio, en Ciboure. Bailaba al son de los tamboriles, bebía vino dulce, comía con la boca abierta. Vivía aquel frenesí todos los viernes, reuniéndose con otras personas en un prado o en cuevas, desde la noche hasta el alba. En la víspera de San Juan, se había bañado desnuda en el mar, riéndose sin parar y sin pudor alguno. También en Zugarramurdi había tomado parte de aquellas orgías en dos ocasiones.

Viviendo en Ciboure, oyó que la Iglesia había apresado a muchas mujeres que ella conocía de los akelarres y presenció cómo morían abrasadas en la hoguera por sus brujerías. Una carcoma se fue adentrando en su corazón y entrañas. Tenía pesadillas en las que sentía cómo las llamas le iban quemando, primero las plantas de los pies, las piernas, el abdomen, hasta llegar a la cabeza y en las que oía sus propios gritos y lamentaciones, en las que podía oler su pelo y piel carbonizados. Antes de que le llegaran a apresar como a tantas otras, fue a confesarse al sacerdote del pueblo y más tarde a solicitar el perdón de sus pecados al obispo de Bayona. Abjuró de Satanás en público y fue bautizada de nuevo.

Preparado el hatillo de sus pertenencias, se había arrodillado y rezado el padrenuestro. Las palabras “... *hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo...*” le hicieron cambiar de idea. Debía luchar contra el Mal y el Santo Dios le tendría entre sus favoritas, librándola de cualquier fatalidad y guardándole un lugar en el paraíso. Cuando fue absuelta de sus culpas hizo la promesa de que, como sierva del Señor, debía obrar en consecuencia. Volvió a colocar sus cosas y salió de casa, en busca del apoyo de otro servidor del Todopoderoso.

Llegó a la parroquia en el momento en el que fray Fabián salía a abrir el portón.

–Egun on, María Ximildegui. Aún es pronto para la misa. ¿Qué haces aquí?

–Debo revelarle algo muy importante... –le respondió en voz baja.

–Bien, no te quedes ahí, vayamos al confesionario –le dijo indicándole que se adentrara en la iglesia.

–Fray Fabián, no es un secreto lo que debo contarle –explicó María mientras caminaba hacia el interior de la estancia.

–Está bien, cuéntame qué te inquieta.

Una vez sentados en el primer banco de los que se situaban enfrente del altar, María comenzó relatándole todos sus pecados en Ciboure y Zugarramurdi y su posterior arrepentimiento y renuncia de las falsas creencias. Le habló del juramento de servicio. También le contó lo que había sucedido al despuntar el día. Acusó a María de Jureteguia de adorar al Diablo y querer engañarle con sus artimañas y zalamerías.

–El Mal, padre, está en las cuevas, usted es el que puede expulsarlo –expresó ella con la voz en un arrebató.

–¿Estás segura de que era María de Jureteguia la de esta mañana? –preguntó–. Es muy grave acusarle de sorguiña.

–Se lo juro por mi vida – le contestó e hizo la señal de la cruz.

Se oyeron pasos al fondo, comenzaban a llegar los feligreses y fray Fabián se retiró dándole su palabra de que llamaría a la Jureteguia para hacerle confesar y renegar de Satán por la tarde. Le aconsejó que tenía que estar presente ante la negativa de ella. Le respondió que le daba miedo que le pudiera embaucar con sus tretas.

–Debes tener el coraje de enfrentarte a ella, María, y Dios te ayudará en tu misión.

–Es verdad, la justicia del Señor me acompaña y me guía – dijo, convenciéndose y mirando fijamente al párroco.

Fray Fabián encomendó a un monaguillo que buscara a María de Jureteguia entre los presentes y le dijera que quería hablar con ella después de las vísperas. El chiquillo cumplió su deber y la instada también.

Según habían acordado, se encontraron al atardecer en la parroquia, las dos Marías y el cura. María de Jureteguia miraba a su vecina y le hacía señas con las cejas. La otra, ensimismada, se mantenía tiesa con las manos cruzadas sobre el vientre.

Comenzó hablando el clérigo quien expuso las declaraciones de María Ximildegui sobre María de Jureteguia.

–Estás equivocada, amiga, mi intención no era asustarte –se defendió la acusada.

–No soy tu amiga –dijo la otra con algo de timidez, mirando hacia el suelo.

–¿Qué es lo que te ha pasado? No te reconozco, antes eras tan alegre y ahora tan...tétrica...

María, entonces, le miró y dio un paso hacia ella. Fue a decir algo pero calló. Fray Fabián desvió el tema de nuevo a las acusaciones de brujería. Le preguntó si era cierto que le había dejado el mejunje diabólico y si se celebraban reuniones a las noches en la cueva de los alrededores.

–No soy bruja, padre. Tan solo me divierto después de trabajar duro toda la semana –explicó la inculpada dirigiéndose a su vecina.

–Admite que adoras al Maligno y que te untas el cuerpo con el unguento para volar por la noche –le azuzó Ximildegui rebotante de confianza.

–No hago nada malo –dijo con los ojos húmedos, e insistió–. Soy inocente.

–¿Por qué le dejaste el tarro en la puerta? –volvió a preguntarle el cura.

–Sólo era para divertirnos juntas como lo hacíamos antes, lo juro por mi vida.

–No blasfemes en la casa del Señor –le increpó la otra.

El párroco tocó un brazo de María Ximildegui tratando de apaciguarla, entre tanto la acusada se había sentado y trataba de secarse los ojos.

–No soy sorguiña, no soy mala –dijo entrecortadamente.

–Si lo eres. Confiesa que hacéis orgías en la cueva –continúo cargando contra la muchacha– Que os convertís en perros y gatos, que los fantasmas son amigos vuestros que adoráis a un macho cabrío, que tenéis sapos en vuestros dormitorios cuenta, cuenta.

María de Juretegia le miró durante todo el rato que fue detallando lo que hacían en los akelarres, cada vez temblaba más.

–¡Sí! ¡Sí!... –cortó entre sollozos–. Es cierto lo que dices. Pero no es mi culpa, me lo enseñó todo mi tía, la Chipía.

La muchacha nombró a dos compañeras más de sus actividades nocturnas. El cura asintió y se santiguó. María Ximildegui se volvió hacia fray Fabián y sonrió. La súbita confesión de la pecadora fue como un trofeo muy ansiado. Había purgado todos sus errores del pasado. A la vez, se preguntó cómo la recompensaría el Misericordioso.

Al día siguiente, el párroco llamó a todas las denunciadas por sorguiñas, incluida la Jureteguia. Les obligó a confesarse y renunciar en público. Las mujeres aceptaron sin rechistar, manifestando como María de Jureteguia, que no creían hacer ningún mal con sus fiestas. Fray Fabián les otorgó el perdón de sus delitos.

Aquella noche María Ximildegui, por primera vez en mucho tiempo, se quedó dormida nada más acostarse, con la satisfacción de haber hecho lo correcto. Al poco rato, una luz iluminó durante unos instantes el dormitorio y un fuerte estruendo le despertó. Aturdida y apenas cubierta con un camisón, fue hasta la ventana que se había abierto de par en par para cerrarla. Desde allí pudo ver cómo una yegua, perros y media docena marranos habían entrado en su huerta y lo pisoteaban todo entre relinchos, ladridos y chillidos. De pronto, le pareció que el aire estaba cargado de un denso tufo, notó que la temperatura descendía y un escalofrío le recorría por la espina dorsal y gritó, alzando los brazos con el rosario entre sus dedos: “Marchaos, sé quiénes sois, malditas brujas. Vosotras y vuestros malditos fantasmas. No podréis cogerme, el Señor me protege.”

Acabó desgañitada de tanto gritar e invocar a todos los santos y vírgenes durante horas. Al amanecer, se dejó caer en el suelo extenuada. Sólo algunos días después, a principios de 1609, supo que Don Juan de Monterola, comisario de la Santa Inquisición, apresaba a las cuatro mujeres que habían confesado. Sin embargo en aquellos momentos, se preguntó hasta cuándo tendría la fuerza suficiente para batallar en aquella guerra contra el Maligno y sus espíritus de lo oscuro, que parecía que jamás tendría fin.

Una niña bien

A Tania Guzmán de Onís le diagnosticaron un cáncer en el estómago en estado bastante avanzado que, según la opinión de los oncólogos, le estaba conduciendo a la muerte.

–La metástasis está demasiado desarrollada... se puede intentar un tratamiento para que no sufra pero, es cuestión de un mes... a lo sumo, dos–dijo el portavoz del equipo médico.

En aquellos momentos, Tania no quiso creer al doctor, por mucho que fuera tan prestigioso como le había dicho su padre. Ella era una niña bien. Era guapa, esbelta, con estilo y exquisitos modales, aprendidos y practicados en los cursos de educación y saber estar a los que había asistido desde que era una niña. Todo lo quería lo había tenido. Si sufría cualquier problema, su padre se lo solucionaba. Éste era un famoso cirujano plástico y su madre se dedicaba a fomentar las obras sociales de una entidad financiera en actos públicos. Estudiaba en un colegio religioso de alto nivel y tenía óptimas calificaciones. En la última reunión de los padres y la chica con su tutora, ésta les dijo que su hija tenía una mente brillante y un futuro prometedor. Tania había decidido estudiar medicina, quería ser cirujana plástica como su progenitor. Éste se complacía con la decisión de su hija. Él adoraba a su hija y su hija le adoraba a él.

A sus dieciséis años, ya llevaba un año saliendo de manera formal con un chico, Juan Manuel, Juanma, también un niño bien. Le conoció en una fiesta privada en casa de su mejor amiga Sara. Las dos chicas iban juntas a todos lados desde preescolar. No tenían secretos la una con la otra. Habían hecho una promesa de sangre con trece años de estar siempre juntas, en lo bueno y en lo malo. Hasta le había contado todos los detalles íntimos de su primera noche con Juanma.

–Estoy completamente pillada por él, me ha dicho que en julio vayamos a la casa que tienen sus tíos en Ibiza, ¿te lo puedes creer?–le contó a su amiga.

No quería asimilar el hecho que le quedaba poco tiempo de vida. Creía que era alguna broma o algún error. Había pensado que esos resultados clínicos eran de otra persona.

Un lunes, Sara llegó a su casa sofocada y atacada le contó que había sorprendido a Juanma en el centro comercial agarrado de la mano de una chica bajita y de rasgos orientales que ella no había visto nunca por la urbanización. Sara le había dicho que qué estaba haciendo, que se lo iba a contar a su novia. El chico, de lo más natural, le había respondido que no era asunto suyo y que de todos modos para lo que le quedaba a Tania...

La noticia fue un porrazo directo. Hizo que viera por fin la realidad y comenzó a llorar amargamente. Durante varios días lloró y lloró. A veces se tiraba del pelo o se abofeteaba. Otras veces se daba puñetazos en la tripa o se golpeaba la cabeza contra la pared de su habitación. No sabía qué era peor si morir o el engaño de su novio. Su padre incapaz de consolarla, la abrazaba para que no se autolesionara. La madre, atiborrada de ansiolíticos, se encerraba en la habitación hablando durante horas por teléfono con un amigo suyo de la fundación social.

Después de aquellos ataques de histeria, tumbada en el suelo en posición fetal, fatigada por el

llanto, los golpes y las convulsiones, su mente divagaba. Incluso había llegado a salir de su propio cuerpo, como si de un fantasma se tratase y se contemplaba a sí misma, pero horrorizada volvía de nuevo a él, el pánico le invadía.

Imaginaba tomarle la delantera a la muerte suicidándose, se cortaba las venas y la sangre, caliente y siempre escandalosa, se derramaba en la colcha de seda de su cama. Recreaba el día de su funeral, a media tarde con la brisa del mar y el aroma de las rosas sobre su ataúd. ¿Sería soleado o gris?. ¿Acudiría Juanma?. Le daba miedo la oscuridad dentro del féretro. No le gustaba el olor a cerrado. ¿Habría un camino de luz, después de todo? Eso decían las monjas del colegio pero cómo podían saber eso ellas.

Juanma. Le quería tanto. Ya no iría a Ibiza con él. Ni le podría besar ni abrazar. Se levantó y vio su imagen en el espejo, su pelo, hasta entonces de rizos brillantes, estaba medio electrizado y sucio, los ojos hinchados, la tez pálida de un cadáver. Ya no le quedaba tiempo para recuperarle.

¿Por qué se pegaba a sí misma?. Esa cerda se lo había quitado. Si la tuviera en frente, la... ¿Qué podía perder? Nada. Aquella idea la hizo levantarse en busca del móvil. Llamó a Sara, pidiéndole que viniera su casa lo antes posible. Sólo le dijo que le tenía que ayudar en un asunto de honra.

Tras algunas averiguaciones, las dos amigas enseguida encontraron a la chica a la que había visto Sara agarrada de Juanma. La acorralaron contra un muro en un parque poco frecuentado y mientras Sara vigilaba, Tania le dio puñetazos en la cabeza, boca y ojos, que la agredida trataba de proteger con los brazos y manos. Remató el apaleamiento con una patada en el estómago que hizo arrodillarse a la chica. Se le acercó y le dijo que era la novia de Juanma y ella una vulgar mierda de la calle.

Dos días más tarde, una pareja de la guardia civil se presentaba en su casa para detenerla. Habían sido denunciadas ella y Sara por Lucía Jing Suárez Irujo. Les acusaba de haberle propinado una brutal paliza la víspera causándole múltiples lesiones, entre ellas cuatro dientes y dos dedos rotos y la más grave, la del oído derecho en el que había perdido la audición.

Tania no dijo ni una palabra pero tampoco negó nada. La esposaron y ella, dócil, no opuso resistencia. Su padre llamó al mejor y más costoso de los abogados. Su hija no pisaría un correccional, jamás, y menos en la situación de salud en la que se encontraba.

Sólo dos semanas después, Tania fallecía en el hospital de su ciudad, el cáncer se había extendido con velocidad.

El alba refulgía a través de la ventana a pesar de estar bajada la persiana, Tania abrió los ojos y sintió como si unos brazos la tomaran, quiso gritar pero no pudo. La luz la envolvió y no veía nada pero momentos después, ésta desapareció. Se encontraba de frente a su propio cuerpo que yacía sin vida en la cama de aquella clínica.

–Noooooo, quiero irme, ¡llévame por favor! –gritó desde lo más hondo de su ser.

Después de un año y medio, el propio fantasma de ella presenció cómo el Juzgado de Menores

dictaba sentencia condenando a Sara Monterrey Bofill a un año de libertad vigilada y ella no era mencionada.

Incluso había estado en una reunión previa en privado de su padre con la fiscalía, en la que había solicitado que se respetara la memoria de su hija y su buen nombre. Defendió a su hija explicando que la tenían que comprender, en el momento de los hechos estaba gravemente enferma.

–Papá, ayúdame por favor, estoy aquí – su fantasma trataba de llamar la atención del hombre en vano.

El padre expresó su agradecimiento generosamente. Tania quedó libre de cualquier culpa, no en vano ella había sido una niña bien.

Al fin

Hace cuarenta años, se escapó a aquellas horas de su casa porque iba a tener lugar una sesión de historias de fantasmas y miedo en la zona recreativa del bosque. La tarde anterior había asistido a un pase que había de cuentacuentos para mayores en la biblioteca de la Villa. Después, la mujer que había contado los relatos, repartió unas invitaciones para quién deseara acudir a la quedada de la medianoche.

A Katalin la experiencia le fascinó, la cuentacuentos poseía una manera de hablar magnética y modulaba la voz para cada personaje, que te mantenía fija en ella, en el sonido de palabras que iban saliendo de esos labios rojos y brillantes.

Toda ella en conjunto hipnotizaba, vestía una casaca negra y vaqueros, botas de piel vuelta y media caña; sus manos lucían tatuajes de muchos y variados símbolos minúsculos. Era una mujer muy atractiva, de cabellos rubios y ojos de terciopelo azul. Por momentos, la envidiaba y deseaba ser como ella cuando tuviera algunos años más. A pesar de contar historias aterradoras e inquietantes de fantasmas, lo hizo de tal manera que le había dejado con ganas de más y ella, que sabía que con sus quince inviernos eran motivo suficiente para que sus padres no la dejaran salir de casa por la noche y sola, decidió que escaparía.

Porque a veces las ganas de hacer algo movilizan tanto tu corazón e interior que haces lo que crees que debes hacer y punto, aunque sepas que no está bien, porque te nace de dentro. Y no lo puedes parar y más al escuchar a esa mujer de su propia boca que ya no iba estar más allí, al día siguiente marcharía a otra ciudad porque estaba inmersa en un tour contratado por el área de cultura de los ayuntamientos a nivel nacional.

Sin embargo, la realidad superó a la ficción porque Katalin esa misma noche se convirtió en su propio fantasma. Aquella mujer logró que ella y las otras seis personas que acudieron a la cita, tomaran una bebida caliente, con la excusa del aire frío que arreciaba, y las envenenó para después atrapar sus espíritus

Convertidos los siete en fantasmas, descubrieron tarde que aquella mujer, en realidad era un demonio que cazaba y encadenaba almas imprudentes y pasionales para mantenerse eterna con la energía de ellas. Como si de una transfusión de sangre se tratara, la esencia de las almas de los inocentes le renovaba la belleza, la juventud y la salud que tanto deseaba el ser maléfico. Cada veinte años cambiaba su presencia exterior para que nadie le pudiera recordar ni darse cuenta de lo anómalo y antinatural de no envejecer.

Y allí se encontraba de nuevo, cuarenta años después. El fantasma de Katalin miraba hacia las luces de la ciudad, le atraía el brillo, el calor que un día abandonó por una luz embrujada, falsa y de eterna maldad que la engañó. El resplandor la cegó, eso fue lo que ocurrió y ese fue su error.

Se dio cuenta de que fue un acto que se convirtió en un punto sin retorno, los remordimientos se adueñaron de ella hasta convertirse en un alma cargada de error y exenta de ánimo cuando reconoció que sólo ella había sido la responsable de todo.

Qué hábil era el demonio para extraer energía, se había aprovechado del sentimiento de culpa de ella y todos los demás, qué listo, demasiado.

Por momentos sintió que las cadenas iban soltándose...

—Ya es tarde, Katalin, ellos no están, te has quedado sola, ¿a dónde piensas ir?

El fantasma se giró, el demonio de ojos amables le extendía una mano para que volviera.

Por unos segundos dudó, no podía regresar al pasado ni volver con su familia como si nada hubiese ocurrido. Pero, esas pesadas cadenas que había estado arrastrando habían desaparecido. Faltaba una. Pensó que sólo necesitaba pedir perdón y era lo que iba a hacer. El último grillete desapareció.

Entonces empezó a avanzar hacia las luces de la Villa por encima del lago, a cada paso las millones de gotas de agua se transformaban en verde paisaje, tierra y luz. Sentía que respiraba paz como cuando recogía ramilletes de flores en el prado de la casa en la que antaño viviera. En eso consistía la calma de la eternidad verdadera y fue cuando, al fin después de tanto tiempo, volvió a escuchar la voz familiar de su padre que preguntó:

—¿Es aquella, Elisenda?

—Si, es nuestra hija, al fin...

El aviso fantasma

El hombre recogía la montaña de hojas secas, había llenado ya dos sacos de basura. Oyó una voz que le llamaba:

—¡Hombre! ¡Por fin alguien a quién ver en este lugar!

Cualquier otra persona se hubiera girado al oír la voz a sus espaldas pero en lugar de mirar hacia esa dirección, se quedó mirando al frente, una lápida grande y rectangular y parecía murmurar algo que, el que le había llamado no pudo captar, sin embargo se quedó tras él, le llamó la atención el comportamiento del hombre del cementerio:

—¡Digo que por fin alguien a quién ver en este lugar!

El otro seguía mirando hacia delante, pero poco después se dio la vuelta y miró al hombre con una gorra negra parado frente a él.

—Perdone si le he interrumpido.

No respondió. En ese preciso momento, se oyó la campana de la iglesia que había al lado del cementerio. Cuando el único tañido acabó, el hombre dio unos pasos hacia adelante e invitó con una señal al visitante a que le acompañara.

—Está bien —dijo el otro.

El sendero conformado de piedras estaba lleno de hierbas y musgo, bastante resbaladizo y con olor a tierra mojada. Mientras caminaban, el visitante miraba de reojo al hombre del cementerio, su cara curtida contrastaba con su pelo blanco. Llegaron a una pequeña caseta de madera, en la que guardaba los utensilios de limpieza y jardinería, situada en una zona sombría por los cipreses que la rodeaban. El pequeño lugar resultaba algo deprimente envuelto en un olor a cerrado y con la escasa luz de una solitaria bombilla que pendía del techo.

El visitante se había quedado en la puerta, guardando las distancias. Le dijo que aquel trabajo suyo parecía bastante desolador, hablar con alguien le resultaría hasta raro, que creía que haberse dirigido a él le hubiera agradado.

—Yo que trabajé durante treinta años en una fábrica con la única compañía del ruido de una máquina prensadora de cartón, casi llegué a convertirme en un ermitaño.

El hombre del cementerio salió de la caseta de madera y miró hacia la iglesia, a lo alto, en el campanario. Parecía esperar algo, su mirada escrutaba el objetivo de manera intimidante.

El visitante le preguntó si las campanas debían tocar.

—No lo deseo —respondió entre dientes, con el semblante que denotaba miedo y mirándole cara a cara.

—Parece que estuviera viendo un fantasma.

–¿A qué ha venido a este lugar? –replicó el otro.

–Todos los años paso por aquí, vengo de paso por el pueblo, hace años vivía una amiga mía y visito su tumba.

La actitud del hombre se volvió más amable, lo que provocó que el otro le hiciera más comentarios.

–¿Sólo se dedica a la limpieza?

–Sí, aunque a veces cojo el cortacésped y repaso alguna zona en la que la vegetación parece más rebelde, crecer a deshora. Viene un chico una vez a la semana y hace las labores de jardinería.

–Por lo menos, ese día tiene algo de compañía.

–Uno termina por acostumbrarse a estar solo la mayoría del tiempo.

–Los cementerios siempre tienen un toque tétrico y penoso pero supongo que, como usted dice, es cuestión de acostumbrarse.

–A estas alturas de mi vida, eso carece de importancia.

–¿Cuánto le queda para jubilarse?

–Un par de años. Toda la vida trabajando en cementerios ¿Sabe? Tuve la oportunidad, de joven, de estudiar una buena carrera pero me di a la buena vida y desperdicié la oportunidad. Cuando quise darme cuenta, mi padre había muerto y yo tenía que ayudar en la economía familiar. Desde entonces sólo he trabajado en esto. En este cementerio, llevo un año.

Mientras hablaba, miró en varias ocasiones hacia lo alto de la iglesia, algo a lo que el otro hombre no lograba encontrar explicación. Tenía en una de las manos una bolsa grande de basura que abrió y puso en una de las papeleras cercana a dónde se encontraban ellos, el visitante le preguntó:

–Este sitio no es muy grande, tendrá sus momentos ociosos.

–Los hay, los hay pero yo trato de siempre buscar algo que hacer –dijo volviendo de nuevo la actitud del principio y añadió- para no pensar, para que mi cabeza no de vueltas y vueltas, para no terminar loco.

–¿Qué es lo que le pasa, buen hombre?

–Es la hora de cerrar el cementerio, si se queda algún día más en el pueblo, se lo podré contar.

–Puedo venir mañana a la tarde, ¿le parece bien?

–De acuerdo, tenga cuidado al salir, el musgo del suelo hace que patinen las suelas de los zapatos.

–Lo tendré, no se preocupe.

–Esto... antes de que se vaya... ¿por qué ha dicho cuando me ha visto "por fin alguien a quién ver en este lugar"?

–Hombre, perdone si le ofendo, pero creo que es evidente. Este lugar no se presta a multitudes si no es por algún entierro y, a veces, acaso ni eso, ¿o no?

–No sé me pareció que usaba un tono especial.

–¿Especial?

–Sí, como si fueran premonitorias esas palabras.

–De ninguna manera, señor, las dije sin ningún mensaje subliminal.

Los dos terminaron de despedirse. El hombre del cementerio se quedó mirando al visitante que se marchaba, sintió que unos escalofríos le recorrían la espalda y se metió a la caseta a recoger todo para marcharse para su casa.

La tarde siguiente se presentó puntual el visitante. El hombre del cementerio aguardaba en la entrada del lugar. Se dieron la mano y comenzaron a andar por el camino principal hasta sentarse en uno de los bancos cercanos a su caseta.

–Voy a ir al grano, ayer creí que usted era alguien a quién esperaba que apareciera por aquí.

–¿Tanto me parezco a esa persona?

–Pues no lo sé...

–No comprendo.

–No conozco al hombre que espero, sólo sé que cuando la campana de la iglesia toque tres veces, sabré que es él.

El visitante le miró y asintió, dejó que continuara hablando.

–Hace un par de semanas, cuando ya estaba a punto de acabar mi jornada laboral, vi a una mujer sentada frente a una lápida, rezando un padrenuestro. Me acerqué hasta ella porque no la había visto entrar y me pareció raro. Saludé a la mujer y ella pareció no percatarse, repetí buenas tardes acercándome un poco más. En esos momentos, para mi sorpresa, ella se esfumó ante mis ojos. No di crédito a lo que acababa de presenciar.

–¿Desapareció?

–Sí, se disolvió, como lo oye. Pensé que había tenido una alucinación o algo así. Di varias vueltas por todo el terreno del cementerio y no vi a la mujer.

–Seguro que fue un espejismo, puede que estuviera cansado. Es como cuando uno tiene tanto sueño que habla sin lógica, bobadas. O como cuando te tomas alguna copa de más, que ves doble.

–Déjeme que le contradiga, ni me encontraba fatigado ni había bebido. Además aún hay más.

El visitante hizo un gesto para que continuara su relato. El hombre del cementerio se encendió un cigarro y continuó:

—La tarde del día siguiente, la volví a ver en el mismo lugar, en aquella lápida y de nuevo me acerqué. Sin embargo, no dije nada y me puse del otro lado para mirarla a la cara. Me recorrió un estremecimiento cuando la contemplé. Su cara pálida y sus ojos sin vida me miraron a su vez y dijo que por fin alguien a quién ver en este lugar. No entendí qué quiso decir y le pregunté quién era. La mujer repitió la frase sin más y después desapareció. Al cabo de tres días, cuando ya creía que todo aquello había sido una jugarreta de mi cabeza, vi de nuevo al fantasma.

—¿Qué ocurrió?

—Esta vez dijo que cuando la campana de la iglesia tocara tres veces, un hombre nuevo llegaría. Luego recordó la otra frase, la de por fin alguien a quién ver en este lugar.

—¿Y después qué pasó?

—Nada, de nuevo desapareció y me dejó peor que antes...

—No puedo dar crédito.

—Así ocurrió, tal como se lo he contado.

Ambos se quedaron en silencio por unos momentos. Sólo se oyó el graznido lejano de un cuervo.

—¿Me comprende ahora, caballero?—continuó diciendo el hombre del cementerio.—Ayer cuando usted apareció justo estaba de nuevo el espectro rezando en la lápida de las anteriores veces y exclamando la famosa frase que le he comentado.

—Comprendo.

—Estoy asustado, tal vez he perdido la cabeza.

—¿Hoy ha hecho su aparición la mujer?

—No.

—¿La campana ha sonado tres veces?

—No.

—Bien, entonces, me quedaré con usted toda la tarde si es necesario, ¿le parece bien?

—Usted verá.

—Tranquilo, no tengo prisa.

—¿Quién será el hombre que debe venir? ¿Por qué avisa el fantasma de ese acontecimiento?

—No se torture, hombre, algo podrá hacer. La próxima vez que vea al ente pregunte, hable con ella, puede que saque algo en claro—dijo quitándose por unos momentos la gorra que descubriría su cabeza sin cabellos y rascándose con cuidado la coronilla.

El hombre del cementerio se fijó que el otro tenía una cicatriz que le cruzaba la mitad de la cabeza y apartó la vista.

–Me operaron de un bulto en el cerebro, hace años, hasta que no me lo quitaron me ponía violento.

–Perdone, es que llama mucho la atención.

El visitante volvió a ponerse la gorra y quedaron en silencio. La campana de la iglesia de pronto rompió la quietud con un tañido, seguido de otro y otro más. Los dos hombres se miraron por unos momentos. El del cementerio abrió mucho los ojos y comprendió que quién tenía al lado debía ser a quién esperaba. El visitante sin mediar palabra, le asestó un puñetazo que le hizo caer al suelo, perdiendo el conocimiento. Luego miró a su alrededor, asegurándose que no había nadie a la vista y se marchó corriendo de allí.

Al rato, el hombre del cementerio recuperó el conocimiento y por unos momentos, no recordó qué había ocurrido hasta que al tocarse la mejilla dolorida y raspada, le vino todo a la mente. Aún aturdido, se levantó para ir al baño de la caseta, sin embargo, volvió a sentarse. La mujer fantasma venía hacia él por el sendero y se paró frente a él.

–¿Se ha marchado?

–¿Quién?

–El hombre.

–Sí. Eso creo...

–Bien.

–¿Quién era? ¿Quién es usted?

–Es un hombre terrible, viene cada año, se ríe frente a mi tumba. No le había reconocido hasta que se ha descubierto. Esa horrible cicatriz...

–¿Qué le hizo?

–Me mató y no contento con eso, se regodea ante mi sepulcro. Cuando vi que usted podía verme, ¡me alegré tanto!

El hombre del cementerio entendió al fin la frase "por fin alguien a quién ver en este lugar".

–¿Por qué le mató?

–Porque le rechacé... –la fantasma no acabó la frase y se fue diluyendo en el ambiente.

–Espere, no se marche –dijo él al aire.

Esperó en esos momentos, en las horas siguientes y algunos días después, el espectro no volvió a aparecer. Una mañana, después de un entierro, se acercó al cura y le preguntó por aquella mujer que murió asesinada, señalándole la lápida.

–Una historia muy trágica, ocurrió hace muchos años, la mató un pretendiente al que ella rechazó. Fue cuando ella se prometió con el hijo del médico, el otro, siempre tan educado y amable cortejándola desde años, sin embargo enfureció, dijo que si no era para él , no era para

nadie y cumplió su palabra. Después escapó, la policía no dio con él, no se volvió a dejar ver. La madre de aquel loco contó que su hijo tenía algo en la cabeza, los médicos habían dicho que podía tener brotes psicóticos, a pesar de haberle extirpado el bulto. Realmente, un suceso muy grave y aterrador, durante mucho tiempo estuvo en la mente de todos los habitantes de aquí. Claro, usted es nuevo , como quién dice. ¿Por qué le interesa esto?

–Simple curiosidad, padre, gracias –dijo él y añadió–rezaré un padrenuestro para que su alma descanse en paz.

–Harás bien.

El hombre del cementerio así lo hizo. Cuando terminó, tres tañidos de campana retumbaron en el aire.

Ciclamar

El mismo aspersor de la vez anterior, y de otra más, había vuelto a saltar. Gisela se acercó a cortarlo. “Tendré que cambiarlo o que lo mire alguien porque está visto que va a dar la lata” pensó mientras regresaba al cobertizo del jardín. Buscó en el armario de utensilios si había algún otro para reemplazarlo. No lo encontró. Iba a buscar en una de las cajas de herramientas cuando escuchó un leve clic. “No, otra vez, no” dijo en voz alta. Salió del cuarto.

Por cuarta vez en la misma tarde, corrió a apagarlo. Lo miró durante unos segundos. No es que fuera fontanera, pero a ella le parecía que el aparato estaba en buenas condiciones. No entendía nada. Pensó que debía cortar la llave de paso de agua de la casa antes de marcharse a la noche a su casa, si no aquel aspersor tiraría agua sin fundamento toda la noche y parte de la mañana, hasta que ella regresara al mediodía.

Por un momento, mirando al rociador, pensó en si alguien estaba gastándole una broma o algo así. Pero, ¿quién? Las paredes raseadas y grises que rodeaban el jardín medían cuatro metros y medio, imposible que algún gamberro hubiera saltado. Además al recinto sólo se podía entrar por uno de sus pasillos laterales de la mansión burguesa. Bueno, sin contar que la entrada la franqueaba Lorenzo, el guarda de seguridad. Un tipo al que le gustaba llevar la mano a su pistola al dar las buenas tardes cuando Gisela le saludaba al llegar a su trabajo. La gran vivienda estaba deshabitada, Gisela se dedicaba al mantenimiento de la misma y el jardín y su compañero, de la vigilancia durante el día. Por la noche, dejaban el sistema de seguridad activado. La dueña, una octogenaria con más millones que canas, deseaba venderla y quería que estuviera en buen estado.

No podía ser nadie quién hiciera saltar el aspersor, algo fallaba y no había que darle más vueltas. Lo cerró con fuerza y miró alrededor. Se fijó en una planta en la que no había reparado, a unos palmos de dónde se encontraba. Se acercó y la tocó intrigada. No reconocía aquel brote pequeño y frágil en mitad del césped, en tierra de nadie. A la derecha se encontraban los gladiolos y a la izquierda un estanque circular. ¿Qué podía ser aquello que crecía allí? Tiró un poco del tallo y se sorprendió al notar su sujeción fuerte en el suelo. De pronto, sintió una lluvia que le empapaba. Soltó la planta y maldijo. Empapada corrió a cerrar el aspersor que había vuelto a abrirse, esta vez usó una llave inglesa que llevaba colgada en el cinturón. Le dieron ganas de romperlo o arrancarlo.

“Tengo que llamar para que lo revisen sin falta” se dijo mientras se dirigía al cobertizo a por una toalla.

Cuando terminó de secarse, cogió el móvil y buscó en una página de internet de anuncios de servicios, algún fontanero que quisiera venir esa misma tarde o al día siguiente. “Cuanto antes lo solucione mejor” pensó. Marcó el teléfono de un tal Jon Mendiola, el anuncio decía “urgencias y salidas exprés”. Así saldría luego la factura, pero eso era cosa de la señora de la casa. No pondría objeciones a ello, porque el primer día de trabajo ya le había aclarado que gastara lo que hiciera falta en la conservación de toda la propiedad.

Mientras hablaba con el hombre y le explicaba su problema, se asomó por la puerta del cuarto.

–No, no, ¡otra vez!–exclamó sin darse cuenta que hablaba por teléfono.

–¿Cómo dices? –dijo el otro al otro lado de la línea.

–Ay, perdona, es que ha vuelto a abrirse el aspersor, el que me está dando problemas.

Tengo que ir a cortarlo. Lo que te decía, no sé qué leches le pasa.

–Mira, tengo un hueco ahora, en quince minutos me acerco, la calle que me has indicado está en Getxo, ¿no?

–Sí, sí, hasta luego.

Colgó y fue a cerrar el dichoso trasto. Esta vez no fue capaz. Parecía atrancado. Ni siquiera con la llave inglesa podía moverlo un milímetro. Qué desastre de aparatito. Decidió cortar la llave general del agua, tendría que avisar a Lorenzo y de paso, anunciarle la llegada de Jon, el fontanero. Trató por última vez de girar el grifo y fue cuando vio de nuevo la planta en la que había reparado con anterioridad.

Lo que vio la dejó estupefacta. La planta había crecido, le llegaba a la altura del ombligo. Quiso acercarse pero por un momento, paró su intención. Sintió un leve escalofrío, ¿estaba alucinando? Se frotó los ojos. Despacio anduvo hasta ella. Llevó la mano con un ligero temblor a una de las hojas. Suave, tersa, con forma de corazón. Alarmada e inmóvil la miraba, preguntándose qué estaba ocurriendo. La voz de Lorenzo la sacó de su cavilación:

–Gisela, ha llegado un fontanero, Jon Mendiola.

Lorenzo hablaba desde la puerta de acceso al palacete.

–Sí, le he llamado yo, Lorenzo, tengo un problema con uno de los aspersores del jardín. Déjale pasar.

Lorenzo desapareció en el interior de la casa y, en un par de minutos, salió un hombre joven con pantalones caídos. En una mano portaba un maletín y en la otra una bolsa de loneta verde.

–Hola, soy Jon, hemos hablado hace un rato –dijo y le ofreció la mano.

Gisela extendió la suya a su vez y se presentó. Se excusó un momento para ir a cerrar la llave general. Se le había olvidado por completo que el agua seguía saliendo sin control. Cuando regresó hasta donde el chico, éste ya se había agachado y manipulaba el aparato. Gisela observó que fruncía el entrecejo y achinaba los ojos. Le resultó gracioso.

–No le veo nada raro, el mecanismo está en buenas condiciones, esta marca de grifos es de buena calidad.

–Pues lleva toda la tarde saltándose y me da miedo que cuando me vaya, lo vuelva a hacer y esté toda la noche regando.

–Si quieres lo cambio, pero te aseguro que está bien.

–Vale, vale, te creo– dijo Gisela dándole un soplido a su flequillo–. ¿Qué te debo?

Jon sacó de su maletín la libreta de facturas y garabateó en ella. Al darle el papel, comentó:

–¿Vives aquí?

Gisela miró sorprendida al chico. ¿Tenía pinta ella de tener tanto dinero? Sonrió, ya podía ser.

–Qué va, trabajo aquí. Toda esta mansión y jardín pertenece a doña Elisa Ibaiondo, ella es la gran señora de todo esto.

–Es una pasada, este jardín es muy chulo. ¿Y cuidas de todo esto, eh?

–Lo llevo bien, hasta esta tarde que el dichoso aspersor se ha vuelto loco –miró a la planta sin mencionar lo extraño de toda ella.

El chico se rio. Comenzaron a andar y ella le acompañó hasta la puerta de salida. Al volver, abrió el paso general del agua porque debía limpiar las baldosas del patio delantero y fue a comprobar el aspersor, no había saltado. Pero no tenía tan claro que no volviera a ocurrir.

Dirigió la vista hasta la planta misteriosa. Increíble. Había crecido, al menos, treinta centímetros más. Estaba tomando forma de árbol. Aquello comenzó a asustarla. Regresó al interior de la casa y buscó a qué tipo correspondía, en uno de los libros del jardín que la dueña le había dicho que tuviera a mano para el cuidado del mismo. El tomo, en cuestión, contenía todas las clases de plantas, flores y árboles que habían sido plantados en aquella tierra desde hacía medio siglo. En la parte dedicada a los árboles encontró lo que buscaba. Debía ser aquello. Un *cercis siliquastrum*. Nombre común, árbol del amor, ciclamor. Hojas en forma de corazón y flores de rosa pálido. Una fotografía demostraba que, en el mismo lugar donde había salido la misteriosa planta, había habido un árbol del amor, antaño. Gisela no sabía qué pensar. Cogió el teléfono y llamó a doña Elisa, con la excusa de la visita del fontanero le preguntaría por aquel árbol fantasma.

–Sí, querida, cuando yo era pequeña recuerdo que hubo ese árbol en el jardín. Una rayo lo destruyó y la verdad que mi padre apenado, no quiso volver a plantar ninguno. Decía que bajo la sombra de sus ramas y sus hojas le había pedido matrimonio a mi madre. Romántico, ¿verdad? Y dices que está saliendo uno en el mismo lugar, Dios Santo. Con razón se dice que todos los seres vivos tienen un alma. Déjalo, Gisela, tal vez de cobijo a otra historia de amor como la de mis padres.

A Gisela todo aquello le pareció una tremenda locura. Pero sus ojos no le engañaban, ni su tacto. Un ciclamor había nacido y estaba creciendo allí, de nuevo en el jardín. Si tenía alma o no, no lo sabía. Si albergaría una historia romántica, eso sólo era una casualidad. Se acordó de pronto del aspersor. Miró a través de la ventana. Seguía quieto, sin dar guerra. Se dio cuenta que gracias a él, había reparado en la planta. La planta que ya tenía la forma definida de árbol. Tal vez, el ciclamor se había confabulado con el aspersor para que ella se percatara de su existencia. ¡Qué disparate!

El móvil, de pronto, sonó. Un número desconocido. Descolgó.

–Hola, Gisela, soy Jon, hace un rato he estado mirando un grifo que daba problemas.

–Sí, sí.

–¿Ha vuelto a saltar?

–No, está formal, ja, ja,ja. ¿Llamas por eso?

–Bueno, por eso y por que bueno, igual te parece atrevido, no nos conocemos, pero es que, me apetece tomar una cerveza contigo cuando salgas de trabajar, si tú quieres.

–Esto... –lo pensó mientras miraba al jardín, en concreto, al ciclamor.

–¿Te apetece? –insistió.

De pronto, la tarde con sus acontecimientos surrealistas y las palabras de doña Elisa, le llevaron a decirle que sí, ¿por qué no? Quizá el ciclamor tenía su segunda oportunidad y ella la suya.

–¿A las diez te parece bien? –dijo ella sin apartar la vista del árbol.

–Del todo, nos vemos Gisela.

Sus ojos comprobaron cómo el ciclamor lo aprobaba estirando sus ramas y tomando un poco más de altura y esplendor.

Y hasta aquí, nueve historias de fantasmas más *Al Fin*, *El Aviso Fantasma* y *Ciclamor*. Estas tres, algun@s ya las habrán leído a través del blog y en Kindle, quería que estuvieran también en formato papel y por eso las he agregado a la colección.

Te doy las gracias por la oportunidad, espero que este libro haya sido una lectura feliz y sobre todo, *con mucho encanto*.

Cualquier comentario puedes contactar conmigo a través de las redes sociales, Instagram, Facebook, Google+, Twitter.

¡Hasta la próxima!

Larrú :)